

Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: riqueza y pobreza en una quebrada del norte chileno

LAUTARO NUÑEZ A.
Universidad del Norte,
Antofagasta (Chile)

RESUMEN

La quebrada de Tarapacá, como otros ríos que cruzan el desierto chileno-peruano, desemboca en la extensa pampa del Tamarugal, a 100 kms. de la costa, dentro de un paisaje actual de máxima aridez. Diversas poblaciones detectadas con tácticas arqueológicas constituyen etapas de un largo proceso de asentamientos, establecidos desde ocupaciones arcaicas preagrícolas hasta la actual distribución de aldeas que sustentan a la escasa población existente en el lugar.

Diferentes formas de percibir la explotación de la quebrada entre pampa Iluga y Pachica, a través de un espacio de 25 kms. (ver mapa adjunto), acondicionó el desarrollo de diferentes patrones de asentamientos, como consecuencia de distintas respuestas sociales sobre un ambiente homogéneo y ecológicamente estable. Diversos clímax poblacionales pre europeos son definidos ante la perspectiva de situar una etapa de perturbación a raíz de la colonización española. A partir de esta nueva situación se aceleran cambios socio-políticos y productivos que implican un proceso de desintegración de la sociedad autóctona. La naturaleza de este proceso, sus etapas críticas de desarrollo y los factores socio-ambientales responsables de la continuidad ocupacional, son sintetizados en función de modelar la desarticulación de la estructura andina en un enclave definido de los andes meridionales. Esta eclosión se advierte en la colonia tardía, con el auge de la extracción minera, que alcanza un status superior a través de la temprana explotación salitrera.

En la planicie inclinada precordillerana que desciende desde los Andes a nivel de base regional (pampa del Tamarugal), trazó su curso la que-

brada de Tarapacá, como portadora de los intensos desagües del cuaternario más reciente, que alcanzaron una última expresión torrencial en el pleistoceno. Posteriormente un escurrimiento superficial activado por la pluviosidad de la línea divisoria de aguas, generó caudales intermitentes que variaban según la potencialidad de los pluviales andinos. El río Tarapacá consolidó un bioma de oasis, acentuado en las diversas vertientes que interceptan las filtraciones subterráneas, en una cubierta hiperárida generalizada. El ambiente pospleistocénico en los Andes había generado un aumento de la pluviosidad estival en las altas cumbres ("invierno boliviano"). Lo anterior estimuló un intenso circuito hídrico, prolongado por el curso de la quebrada, hasta lograr en la temporada cálida un área de desagües activos en la desembocadura de la quebrada sobre pampa Iluga, en las amplias extensiones del Tamarugal (Tricart, 1965). Potentes sistemas torrenciales se escurrían por el lecho de la quebrada en el verano tardío, reactivando la vegetación de arboledas de prosopis, tanto en la caja de la quebrada como en amplias pampas aledañas, en donde una cubierta arbórea asociada a vegetación arbustiva se ampliaba o contraía según haya sido la regularidad de las "avenidas". Por otra parte, la saturación del nivel freático de la napa subterránea permitía el afloramiento de surgencias que alimentaban la quebrada, y además afianzaba el enraizamiento de grandes arboledas de prosopis cerca de depresiones lacustres temporales, pantanos y cubiertas forrajeras estacionales. Esto ocurría donde la quebrada se diluye en uno de los actuales paisajes más desérticos del mundo, pero capaz de recibir aportes hídricos excepcionales en determinadas temporadas más húmedas. En una área donde el apoyo pluvial no tuvo efecto local, en términos de lluvias de verano, concentraciones exóticas de bosques y vegetación baja forrajera, alternaron con los recursos regulares y sostenidos del río quebradeño, que por sí mismo mantenía un bioma atractivo, sin alteraciones tan contrastables como pampa del Tamarugal. Aunque hay ciertas tendencias a aceptar que el área total ingresó desde fines del pleistoceno a un proceso de desertificación gradual (Tricart, 1965), el modelo hidrológico propuesto parece haber persistido con cierta eficiencia entre los 5.000 a 2.000 años a.C. Aunque hubo fluctuaciones entre etapas críticas de sequías menos dilatadas que las actuales, y temporadas más húmedas con avenidas torrenciales, un focus ecológico favorable a la concentración de bosques de prosopis (algarrobos y tamarugos) se estableció en el tramo final de la quebrada inmediata. Las vainas ricas en glucosa que se desprenden en el verano tardío, intensificaron amplias cosechas en un espacio extenso, que además servían de forraje para fauna herbívora

(v. gr. guanacos). Animales junto a hombres recolectores se nuclearon en esta temporada productiva, bajo el apoyo de vertientes y del mismo río estable de Tarapacá.

A este ambiente convergieron las primeras bandas documentadas hasta ahora en el área, con énfasis en prácticas de caza, para lo cual se establece un adecuado manejo de los recursos litológicos locales (riolita), en campamentos dispuestos en la desembocadura de la quebrada, frente a las arboledas de Iluga. Aquí elaboraron su equipo de captura y faenamiento, a través de un patrón lanceolado temprano (Tr. 10). Antes de los 6.000 años a.C. estos grupos de densidad moderada aún no percibían el usufructo de la recolección como base clave de la alimentación, a juzgar por la ausencia de elementos de molienda (True et al, 1971). Si aceptamos que la estabilidad anual de las ocupaciones cazadoras-recolectoras en los pisos andinos era suficientemente crítica, desplazamientos estacionales debieron producirse especialmente en la temporada de verano (lluvias estivales), estimulando descensos por estos pasadizos intermedios, en donde contactaban con los ambientes forestales y marítimos, los cuales en conjunto son más altamente productivos en esta época que en cualquier otra del ciclo anual. Circuitos transhumánticos entre tierras altas y bajas presuponen una temprana incorporación del área a prácticas de recolección con implementos de molienda especializada desde fechas documentadas en Tiliviche (Núñez, L. et al. M.S.) a los 5.900 años a.C. y que persistieron en la quebrada entre los 5.000 a 2.000 años a.C. aproximadamente. En este amplio rango de tiempo, las bandas se desplazaron entre dos extremos altamente productivos: los Andes y el Pacífico, manipulando ecosistemas intermedios, en donde el rol de la quebrada adquirió un carácter prestigioso, en su tramo final. Sin duda que este focus atraía a los primeros grupos con implementos de molienda que controlaban el perfil costa-altiplano con un fino aprovechamiento multiecológico. El advenimiento de los primeros grupos que asignaron mayor importancia a la recolección, significó el comienzo de una persistente tradición local tendiente a buscar una mayor estabilidad en donde la caza era menos significativa. Estas bandas obtienen un conocimiento más detenido del área, restringiendo su movilidad al focus específico por temporadas algo más dilatadas, a través de dos patrones de asentamientos sincrónicos. Por una parte se establecen en las terrazas estables del tramo desembocadura-Huarasiña, diversos paraderos que se sostienen por el apoyo efectivo de las arboledas y desagües del final de la quebrada. A pesar de estos recursos el tamaño de las bandas parece ser de muy baja densidad. Sugieren más bien un carácter transi-

torio, con un entendimiento al medio muy poco comprometido. Si esto ocurrió en etapas de sequías con pocos estímulos convergentes al área, es aún muy especulativo. Lo cierto es que algunos paraderos (Tr-2-A y 14-A) que se han datado a los 4.020 años a.C. (True-Núñez, 1974) estaban en posesión de alimentos foráneos rescatados del mar y de la propia quebrada: guanacos y fibras vegetales. Por otra parte, en esta misma época, bajo condiciones de etapas de mayor eficiencia productiva, con menos sequías, densas concentraciones de macro-bandas acceden a hábitats más interiores al nivel de pampa, constituyendo un segundo patrón habitacional más persistente en diferentes localidades de los bordes altos de la quebrada, junto a las vertientes de Caserones y Huarasiña. Por cierto que este énfasis recolector es evidente (manos y morteros) aprovechándose más rigurosamente los recursos simbióticos del mar-pampa-quebrada a partir de campamentos establecidos en hábitats quebradeños (ver mapa adjunto). Se desprende claramente que no hay ocupaciones de esta naturaleza al interior de Huarasiña, porque siempre se mantiene bajo control la explotación de las pampas aledañas, y de los propios bosques incorporados al tramo final de la quebrada. Un régimen de subsistencia planteado en el manejo de fuentes locales de alimentación estacional, con énfasis en la recolecta del focus óptimo, condujo a cierta estabilidad más prolongada, que se demuestra en las construcciones de los primeros hábitats estructurados en depresiones semicirculares datadas a los 4.480 años a.C. (Tr-14). El prestigio del área en términos de alta concentración de recursos parece estimular la atracción a reducidas bandas que nuclean ocupaciones como diversos racimos de algo menos de una decena de cabañas livianas, asociadas a una excelente litología local, adecuada para las industrias de uso regional. Varios campamentos con estructuras micro-familiares destinadas a la elaboración de herramientas, cocina y descanso nocturno, se distribuyen gradualmente (Tr-24, 25, 26, 29, 31 32). Las dataciones de los últimos campamentos de molienda especializada y caza fluctúan entre los 2.830-2.740-1.960 años a.C. En estos instantes las micro-bandas podrían haber dado lugar a concentraciones mayores a juzgar por un notable núcleo con algo de 30 habitaciones de piedras dispuestas cerca de Caserones, es decir, bastante más retirados del nivel de pampa. Sin duda que este acercamiento gradual al sector de Caserones está dado por los primeros experimentos de adecuación de cultivos. Si efectivamente la planta de maíz registrada en el campamento precedente es parte del contexto precerámico, lo cual parece correcto según la documentación del sitio Tiliviche (Núñez L. et al., 1975), habría razones suficientes para aceptar aquí el desarrollo de

indicios de horticultura. Aunque no hay fechas para estos nuevos acomodados de cultivos al interior de la desembocadura, lo acertado es percibir el alto crecimiento de las bandas a consecuencia de estacionamientos cada vez más prolongados, por el racional manejo multiecológico del área.

A los 2.000 años a.C. los patrones de desplazamientos transhumánticos aún se mantenían vigentes en las quebradas bajas del área. Los grupos Conanoxa (Niemeyer-Schiappacasse, 1963) conocían el manejo multiecológico costa-quebradas, de modo que aquí debió ocurrir algo similar. Pero también hay sospechas muy concretas que a partir de esta época la gente intensifica la movilización de cultígenos logrados en pisos altos y los experimentan en enclaves capaces de reproducir semillas del complejo tropical-semitropical, en donde el rol de las buenas vertientes era un estímulo considerable.

La distribución de esta población no-agrícola en un sector restringido a las cotas bajas de la quebrada, clarifica un adecuado equilibrio con el medio productivo del nivel de pampa y desagüe, bajo un régimen hídrico superior al actual. Al observar el actual paisaje, llama la atención la vigencia de un ambiente hiperárido (Galli-Dirgman, 1962) con arboledas raleadas, y restos de montículos de forestaciones explotadas, que junto a la escasez de avenidas de verano, crean un diagnóstico de fuertes y contrastados cambios ecológicos, que alteraron un ambiente productivo en desierto. Quien perciba así tan drástico quiebre del paisaje por causas ecológicas, considerará las hipótesis de Tricart (1965) en torno a un gradual proceso de desertificación, como demasiado conservadoras. No obstante, debe tenerse en cuenta que el focus que nos preocupa al desarrollarse en una de las áreas más estériles del mundo, lleva una larga historia de explotación que se agudizó con las faenas mineras de cuatro siglos continuos en calidad de combustible local. Sería increíble aceptar una estabilidad ecológica del área solamente alterada por la erosión antrópica, en consideración que las evidencias estratigráficas revisadas por Tricart (1965) aseguran una disminución gradual de las avenidas torrenciales. No obstante, no está en debate aquí el tamaño del área de recolección, ni tampoco un acondicionante ecológico en el sentido que el proceso de desertificación conlleva a un déficit de arboledas, hasta alcanzar la modificación del trabajo humano especializado en su control. Sólo habría bastado el desarrollo de un hectareaje forestal promedio, como el registrado tardíamente por los españoles (O'Brien, 1765), para que el modelo propuesto tuviera validez.

En principio la expansión de arboledas en la pampa fue superior

a los requerimientos de los asentamientos con molienda, pero no fue capaz de atraer campamentos con estabilidad, por la falta de diversificación del bioma, la inconstancia de las avenidas, el límite interpuesto por un tiempo de cosecha, y el déficit de agua potable. De otra parte, los hábitats en la quebrada junto a un bioma más diversificado están cobijados en un micro ambiente cálido muy diferente al clima vigente en la pampa abierta, con mayores contrastes térmicos (V. gr. Tirana).

Al final de la secuencia arcaica hay cierto nivel de estabilidad en los medios quebradeños como consecuencia del estímulo dado por la recolecta especializada y los escasos brotes de horticultura (V. gr. maíz). La concentración habitacional permitiría admitir la existencia de una leve presión social sobre un régimen de subsistencia pendular que fluctuaba según la mayor o menor recarga de agua, con torrentes de verano a veces catastróficos que transformaban casi radicalmente la caja de la quebrada y cubrían incluso las propias arboledas. Si existió un paso gradual y sostenido desde la recolección especializada a los brotes de horticultura, este cambio llevó implícito una menor dependencia de los bosques por un incipiente desarrollo de la producción de alimentos. Es decir, se dispone de nuevas formas de trabajo para lograr una estabilidad habitacional que se venía operando a través de 4.000 años o más de experiencia de recolecta intensiva, en ciertas estaciones favorables del ciclo anual.

Los factores que estimularon la sedentarización en las quebradas bajas, por cierto que deben diferir de los modelos de las tierras altas. En este caso se advierte un balance simbiótico del litoral con recursos forestales y quebradeños, este último más adecuado para los intentos de horticultura en torno a las vertientes. Dentro de este circuito de explotación multiecológica, diversos campamentos que conforman agrupamientos de macro-bandas (2.000 años a.C.) tienden a restringir el espacio de transhumancia (aprovechamiento de distantes enclaves productivos que fluctúan durante el ciclo anual). La estabilidad temporal lograda en los campamentos de molienda de Tarapacá significó éxitos considerables que debieron intensificarse mediante nuevas formas de explotación del área, a través de la adecuación de cultígenos complementarios, sin perder vigencia el manipuleo multiecológico regional. La idea de sedentarización ya estaba presente en poblaciones que ocupaban el litoral inmediato, a los 2.000 años a.C. En efecto, existían concentraciones de bandas en la desembocadura del río Camiña (Pisagua Viejo), y un patrón aldeano precerámico en la boca del Loa (Núñez L. et al., 1975).

Teóricamente es posible suponer que estas últimas ocupaciones

sin cerámica nucleadas con estructuras semiestables en la quebrada son portadoras de los primeros trabajos agrarios. Si no surgió aquí el germen horticultor, alguien con responsabilidades arcaicas debió percibir el paisaje productivo a través de la siembra de semillas transportadas desde pisos altos. La distancia de tiempo que existe entre los últimos campamentos con molienda en Tarapacá (1.960 años a.C.) y los trabajos agropecuarios de la cultura Wankarani establecida en el altiplano limítrofe, a los 1.210 años a.C. (Ponce, 1970), no es tan extrema. Es factible responsabilizar a las tierras altas del desplazamiento de los primeros cultígenos que interceptan los desarrollos finales de las tradiciones arcaicas (no agrícolas) especializadas en la recolección del área. Entre este tiempo hasta el comienzo de nuestra era, la quebrada percibe los primeros indicios de cultivación local, dentro de un sistema de subsistencia afirmado fundamentalmente por el nexo recolección mayoritaria-caza subsidiaria y apoyo marítimo. Este conjunto fue suficiente para la estabilización creciente.

El paisaje aún no ha cambiado radicalmente. Grupos reducidos se situán entre arboledas y vertientes de la quebrada. Una densa cubierta vegetacional baja, con predominio de soronas, pillallas, cola de zorro y totorales alternan con arboledas de chañares y algarrobos a lo largo de la quebrada, mientras que el arroyo estable se pierde en pampa lluga sin intervención humana. El flujo poblacional sigue siendo atraído por los extremos andinos y costeros, pero la rápida expansión de la experiencia agropecuaria del altiplano aledaño permitió un descenso de nuevas formas de entender la relación hombre-ambiente. Ya hacia los 630 años a.C. se constatan cultivos de camote, quínoa, mandioca y pallares negros en la costa de Arica (Rivera, 1975), en una población de enturbantados. Grupos con maíces y cerámica alcanzan la costa desértica de cáñamo, dentro del área de Tarapacá a los 860 años a.C. (Núñez, 1976). Túmulos funerarios de la boca del Loa (Núñez, 1976) y otros más cerca en la quebrada de Conanoxa (Niemeyer, Schiappacasse, 1963) datados a los 450 y 320 años a.C. respectivamente, también presentan agricultura temprana y cerámica vinculada con las tierras altas. Se define en conjunto una nueva situación de enorme trascendencia: comienzan los trabajos agrarios con cierta complejidad cultural (cerámica) y se consolidan aún más en los asentamientos arcaicos semiestables, previos al establecimiento de las aldeas semiagrarias de estas tierras bajas. El universo arcaico regional es interferido por el proceso de agriculturación creciente en ciertos enclaves con recursos de agua y presión social local accesible al cambio.

En estas fechas tempranas del orden de los 860 años a.C.

al comienzo de nuestra era, los patrones de asentamientos son más estables, conformando un clímax poblacional a través de la expansión espacial y numérica de grupos de cazadores-recolectores-cultivadores que irrumpen desde las tierras altas, entremezclándose con las tradiciones marítimas y quebradeñas arcaicas, manejando diversos enclaves productivos entre estas quebradas y la costa. Grupos de estos hombres "Protonazcas" (Uhle 1919) se instalan en Pisagua, Arica (Alto Ramírez) hasta el Loa y aun en los oasis de Atacama, y toman posesión de las primeras tierras para una agricultura primaria. Se desplazan con recuas de llamas y los típicos turbantes, en distintos pisos, estableciendo un trabajo de adecuación del complejo tropical-semitropical de cultivos económicos. Se introducen en la quebrada y optan por el enclave de Caserones en donde cultivan maíz, calabazas, zapallos y posiblemente quinua. Han logrado un virtuosismo en el máximo aprovechamiento de enclaves por medio de campamentos distribuidos entre la costa (Pisagua) y Caserones, y preparan largas temporadas de caza en el altiplano. A pesar de su movilidad han perfeccionado su estabilidad en Caserones con un énfasis en la convergencia de grupos que aspiran a un hábitat estable a raíz de los éxitos de la agricultura primaria y recolecta especializada. El aumento de esta población es elocuente. La primera oleada (Tr-40-A) deja un cementerio continuo de algo más de 200 individuos, 100 de los cuales aportan un registro de dos tumbas con cerámica, pero sus alimentos del mar y de los andes explican una movilidad vigente, que se interfiere con el aumento de la recolecta especializada y cultivos locales. Se siembra y cosecha una vez al año, en tanto que acuden a otros enclaves para buscar un equilibrio capaz de sustentar una presión demográfica creciente.

Estas comunidades ocupan exclusivamente la zona de Caserones por la cercanía a los algarrobales, e inician los regadíos por inundación, y consecuentemente construyen estructuras más radicales en la medida que la producción local inhibe la movilidad de tradición transhumante. Comienza a gestarse una comunidad aldeana con los primeros planteamientos de Caserones (Núñez L., 1966). Estos grupos de enturbantados cubren el sector de Caserones desde los 290 años a los 360 años d.C. y afianzan el desarrollo de la aldea homónima hasta constituir el primer focus de agricultura temprana. Ciertamente que se aprecia el trabajo de un nuevo hombre capaz de constituir comunidades sujetas a niveles complejos de organización social, hasta el punto que crean condiciones adecuadas para un planteamiento aldeano de gran extensión con habitaciones cuadrangulares aglutinadas. Surgen oficios bien definidos (V. gr. cestería, textilería de entrelazados, etc.), pero es probable que una

parte de la población mantenía control sobre áreas distantes, en tanto que la economía de reserva se estimulaba adecuadamente. Una segunda oleada (Tr-40-B) algo más tardía con textiles altiplánicos Tiwanaku aporta una diversificación de cultivos impresionante: maíz, calabazas, zapallos, quinua, pallares, papas, ají, con una proliferación tal de cerámica temprana monocroma alisada y rojo-negro pulido que sólo puede esperarse el auge de artesanos ceramistas con oficios radicados en la aldea. Caserones llega a su clímax con un status agrario muy desarrollado entre los 360 a 700 años d.C., con un dominio absoluto de las técnicas de producción de alimentos cultivados. En torno a la aldea compuesta de 54 módulos familiares, capaz de sostener un máximo poblacional del orden de los 216 habitantes, se reticulan los primeros campos de cultivos con regadío de inundación por represas que embalsan el arroyo a través de su recorrido meándrico. Cosechas de algarrobos compiten con maíces en los depósitos de reserva de los pisos de las habitaciones y en estructuras destinadas especialmente a la molienda, mientras que cautelan su nuevo status a través de murallas defensivas. Se aprecia cierto desarrollo expansivo de las habitaciones, que los lleva a construir el comienzo de otra aldea a unos doscientos metros de la anterior. Hay por fin una estabilidad de tiempo completo, que se sustentó con el manejo de otros enclaves productivos aledaños, que incluyó la costa, a juzgar por la presencia de cerámica roja y negra pulida tanto en los pisos de Caserones como en un cementerio cercano de la costa de Cádiz. De otro modo, la ausencia de ganadería local permite estrechar una fuerte conexión con etnias altas, para obtener la gran cantidad de lanas utilizadas en camisones entrelazados y felpudos de abrigo. Todo esto advierte que las gentes de Caserones son portadores de tradiciones cerámicas del patrón Wankarani —San Pedro—, con tratamiento negro-plomo-rojo pulidos y café alisados que aportan por primera vez al área las nuevas herramientas agrarias (pala de hoja lítica) y nuevos cultivos. Esta única aldea que asemeja una “isla” de tierras altas extrapuesta fuera de los límites ecológicos altiplánicos y serranos inmediatos: ¿Retornó excedentes incipientes a sus poblaciones originales establecidas en las tierras altas bajo un patrón vertical? La población sincrónica a Tiwanaku establecida en este enclave en donde no existía trabajo agrario excedentario: ¿Es parte de un sistema de colonización más temprano de lo que normalmente se aceptan como “islas” de archipiélagos productivos dependientes de cabeceras altas? Aunque esta hipótesis de una temprana verticalidad con Tiwanaku no debe excluirse por falta de datos, es probable que durante el clímax de Caserones existieron relaciones con las tierras altas. En la primera oleada el cementerio es culturalmente homogéneo,

sin rasgos de ofrendas que destaquen un estamento jerárquico, salvo una tumba escepcional con telas nuevas puestas exclusivamente en la ceremonia de enterramiento junto a las únicas figurinas de culto. Si esto es el germen de la futura autoridad sociopolítica en términos sociales, productivos y religiosos de la comunidad aldeana en formación, es materia discutible. Por otro lado, las habitaciones más tempranas no ofrecen indicadores de estratificación social. Sólo en la segunda oleada enterrada aparecen evidencias jerárquicas, tal como un paño litúrgico con iconografía del centro urbano-ceremonial de Tiwanaku. En esta fase la aldea está en su máximo clímax y hay tal diversidad de oficios que se entiende que algunos señores conducían el curso del asentamiento. Alguien debió planificar desde la aldea la ubicación de por lo menos dos asentamientos de molienda de algarrobo, con algo menos de maíz, asociadas a viviendas livianas temporales cerca del lecho de la quebrada, junto a los reticulados de cultivos (Tr-6-7). Si la presunción de un déficit de estratificación social temprana es cierta, la comunidad de Caserones estuvo orientada inicialmente a un autoconsumo, desvinculada de las cabeceras originales situadas en las tierras altas. Pero a partir de la segunda oleada sincrónica a Tiwanaku, los excedentes de producción parecen ser ciertos, ya que no hay otra forma de explicar el exceso de productos cultivados y el énfasis tan desmesurado en las ofrendas de harinas en los actos funerarios. Caserones se transforma en un centro habitacional que ha logrado un nivel de molienda extraordinario, compete el algarrobo con el maíz equilibradamente, y juntos acumulan reservas de harinas cuantiosas que pudieron transportarse a pisos altos y bajos distantes. ¿Explica esto la presencia de cerámica Caserones en la costa? Entonces: ¿Hacia qué pisos altos se estableció el transporte de excedentes incipientes? Esta segunda oleada con tejidos Tiwanaku sería parte de una población-colonia que produce localmente y transporta lo que el altiplano no produce. Sea como fuere, cuando Caserones es abandonado, hay señores incipientes que descubren la "riqueza" de la comunidad a través de las reservas de productos locales prestigiosos: harinas para bebidas, alimentos básicos como el maíz, porotos y aun el ají de alto consumo en las tierras altas, incluyendo el tráfico de alimentos del mar a través de la quebrada. El traslado de estos excedentes tropicales y marítimos dentro de un universo compartido por ideales de armonía y reciprocidad entre etnias limítrofes, parece otorgar niveles de estabilidad y prestigio a la incipiente riqueza señorial.

El paisaje ha cambiado, pues los hombres lo han transformado a través de nuevas formas de organización y trabajo. Ahora siguen las arboledas activas, pero esta vez el arroyo ha sido controlado (regadío)

y en torno a Caserones, una extensión de tierra cultivada señala el comienzo del destino maicero de la quebrada, en tanto que la recolecta aún activa disminuirá gradualmente en tiempos más tardíos. Fuera de Caserones, la quebrada permanece inculta con grandes concentraciones de vegetación silvestre en las vertientes de Huarasiña, Tilivilca, San Lorenzo, etc. Quizás si entre los 600 a 700 años d.C. Caserones pierde funcionalidad. Es muy difícil asegurar que el secamiento de la vertiente local actuó como limitante para que nuevas ocupaciones tardías del desarrollo regional inmediatamente posterior, no hayan ocupado el sector. En verdad, después de Caserones ninguna otra población cubrió el área, hasta el punto que pareciera que el potencial del arroyo se habría restringido sin posibilidades de dar regadío a la zona más baja de la quebrada, como un replegamiento regresivo por causales de una menor recarga andina. No obstante, otra vez no existen datos suficientes para determinar la naturaleza del "silencio arqueológico" después de esta ocupación temprana. Se puede agregar una alternativa social que debe tenerse en cuenta, si se acepta que la nueva sociedad tardía (post-Caserones) se preocupó de establecer trabajos agrarios especializados. En efecto, tardíamente el concepto del uso de los suelos está orientado a ampliar las cosechas de alimentos cultivados más que a reactivar la recolección local. Caserones se había instalado aguas abajo por el acceso próximo a los algarrobales del viejo focus arcaico, y en estos términos cumple su objetivo al alternar todas las fuentes posibles de alimentación. Pero las próximas aldeas tardías se adecuan al área de Huarasiña (ver mapa), en las cercanías de las vertientes mucho más al interior de Caserones. La opción a este nuevo espacio se fundamenta en la expansión del área cultivada con mayor hectareaje que Caserones a través de un complejo sistema de regadío a base de canales. Las bocatomas debieron disponerse aguas arriba del arroyo para manipular un espacio mayor de cultivación. Bajo este esquema el área baja de Caserones quedaba fuera de proceso, en tanto que la expansión de nuevas tierras cultivables iba unida al control de las vertientes superiores que apoyaron al planeamiento aldeano tardío. Esta expansión "aguas arriba" habría que entenderla más bien a través de la preparación de nuevas tierras productivas ordenadas para un regadío canalizado, lo cual en esta quebrada siempre operó desde cotas más altas a bajas.

En torno a las vertientes de Huarasiña (ver mapa) se establecen las aldeas posteriores a Caserones (1.000 años d.C.) con habitaciones cuadrangulares aglutinadas y vías de penetración bien definidas. Dos aldeas están separadas por una pared conformando una unidad ocupacional (Tr-13 y 13-A), ambas son contemporáneas y podrían reflejar

dos mitades del patrón de organización dual, bajo la conducción de señores cada vez más preocupados de mantener comunidades destinadas a la producción excedentaria de bienes requeridos en el litoral desértico y en los pisos serranos y altiplánicos. Para este efecto mantienen relaciones sociopolíticas con los señores Aricas, Picas, Camiñas, etc., quienes en conjunto perciben la "riqueza" en la capacidad de los oasis y valles bajos para acumular valiosos productos y sustentar densas poblaciones campesinas con niveles adecuados de autonomía política, pero estrechamente relacionados en círculos de armonía socioétnica con las comunidades de tierras altas, incluso con los reinos altiplánicos en formación. A partir de los 1.000 años d.C. (desarrollo regional) estas comunidades tardías (fases San Miguel, Pica, etc.) tienden a especializar su producción agraria, con un importante manejo del litoral, ampliando una expansión regional muy homogénea. Las aldeas tardías de Huarasiña son parte de este proceso de avance de los señoríos locales (Tr-13 y 13-A) en estrecho contacto con los requerimientos del tráfico derivado desde tierras altas. Ocupan ambas aldeas 9.504 m², con una población máxima de 272 habitantes que se distribuyen en 68 módulos habitacionales. Se aprecia que tanto la vertiente de Huarasiña como su tierra cultivable fueron hábilmente explotadas para lograr ampliar sus cosechas de maíz. Las estructuras iniciales fueron más amplias con varias divisiones internas dedicadas a la conservación de cosechas y molienda de maíz. Más tardíamente la presión demográfica creciente estimuló el desarrollo de estructuras más reducidas, pero en conjunto, estas primeras aldeas tardías de Tarapacá ya son portadoras de un alto nivel de estabilidad, en plena respuesta a una agricultura de tiempo completo, según se desprende de sus basurales monticulados que circundan a ambos poblados.

La expansión de estas aldeas tardías alcanzó la próxima vertiente, algo más arriba de las precedentes, en la localidad de Tilivilca (Tr-15), en donde de nuevo surgió el patrón de grandes habitaciones que suman 25 unidades, dentro de un espacio de ocupación de 1.600 m² capaz de sostener un máximo de 100 habitantes. Se aprecia que existe aquí una baja densidad consecuente con el reducido caudal de la vertiente por una parte y la estrechez del suelo cultivado por otra. De todos modos, es un asentamiento que amplía el modelo de expansión agraria, con lo cual se completan todas las posibilidades de ocupación a lo largo del arroyo entre Huarasiña y San Lorenzo, disponiendo siempre de los sectores de vertientes como focos de los hábitats aldeanos. En esta nueva aldea el énfasis del maíz desplaza la preparación de harina de algarrobo, aumentan las bodegas de excedentes y moliendas y surge un verdadero

planeamiento aldeano con amplios trazados de vías de acceso. El cementerio correlacionado (Tr-36) ratifica la alta densidad poblacional creciente, con un patrón cultural tardío estrechamente vinculado a las poblaciones campesinas de la Cultura Pica (1.000-1450 años d.C.).

Cuando estas tres aldeas están en pleno desarrollo, o al menos una más activa que otra, aparece una nueva forma de asentamiento de bajísima densidad en sectores que habían quedado más alejados de las tierras aledañas al ámbito entre Huarasiña y San Lorenzo. Se trata del villorrio Challacollo (Tr-77), con 20 habitaciones construidas con la típica técnica de doble pared similar a las aldeas referidas, y que desarrolla sus propias ceremonias de funebria (Tr-78), al margen de los grandes cementerios de la población local contemporánea. Si esta reducida población aparentemente autónoma no es parte de las comunidades locales, en tanto que usa su propio cementerio, sin participar de la funebria de las aldeas contemporáneas, sería en sí misma una evidencia de grupos de colonos desplazados desde pisos altos. Idealmente, éste es el tiempo más adecuado para la aceleración de la imposición del patrón vertical de aprovechamiento de un máximo de pisos ecológicos entre los ambientes altiplánicos, serranos y estos pisos bajos de quebrada (Murra, 1972). Hay varias formas de explicar el acceso de este patrón vertical, pero las pocas evidencias arqueológicas que ahora están disponibles ofrecen cierto nivel de efectividad. El auge de esta expansión aldeana tardía es parte de un complejo sistema de regadío canalizado manejado por autoridades locales, que debieron organizar el circuito de riego dependiente de las jerarquías de tierras altas, donde esta misma quebrada asciende hacia los prestigiosos asentamientos tardíos establecidos en Chiapa, Sibaya, Guaviña, etc. El hecho de que Pizarro (Barriga, 1939) haya entregado en encomienda esta quebrada inferior, con una altura promedio de 1.450 mts. s.n.m., junto a Huaviña ubicado a 2.370 mts. s.n.m., señala un dato de sumo interés, en cuanto esta localidad está muy arriba del tramo en estudio. Esto significa que los señores de Guaviña, como parte de un mismo sistema sociopolítico, tenían acceso a tierras bajas, en plena armonía con los señores de Tarapacá. De acuerdo con Billingham (1893) en el año 1564, muy cerca de la conquista, el Cacique de Chiapa (3.115 mts. s. n.m.), ubicado en la cabecera de esta quebrada, reconsideró ante la corona sus derechos sobre las vertientes y oasis de Tiliviche-Quiuña cercano al Pacífico, en un piso bajo de quebrada sensiblemente distante (ca. 800 mts. s.n.m.). Manteniendo este esquema, resulta sugestivo plantear que algunas cabeceras altas serranas y altiplánicas tuvieron lugares "propios" de asentamientos en pisos bajos, para incentivar la explotación de excedentes en ambientes

distantes y/o controlar lugares con recursos para el desplazamiento de sus caravanas portadoras del patrón vertical.

Con estos antecedentes es imposible comprender el manejo de las aguas al margen de las autoridades de los pisos altos de Tarapacá, y bajo esta premisa el nivel de dependencia con algunas cabeceras principales aguas arriba parece ser correcto. La sola presunción de que existía en esta época tardía una especie de "micro-confederación" de señores de tierras bajas y altas vendría a explicar el desarrollo progresivo de esta área sensiblemente baja, cuando en las tierras más altas existía una presión demográfica mayor, orientada hacia el manejo de diversos enclaves productivos que incluían además la costa.

El proceso de expansión aldeano-tardío continuó en la quebrada. Esta vez la población campesina ocupó un área aún no controlada con eficiencia. Se repite exactamente el modelo anterior, es decir, la ocupación es conducida a una concentración en torno a las vertientes de San Lorenzo (ver mapa), ampliando el área de cultivos desde Huarasiña hasta la zona extensa y productiva del pueblo actual, San Lorenzo, con implicancias aguas arriba hasta la cota más alta de esta unidad: Pachica. Esta nueva cabecera tardía dispone su hábitat en la banda sur del actual pueblo de San Lorenzo, en donde han quedado dos colinas con enterramientos, los más densos de la quebrada (Tr-48), que cubren una impresionante superficie del orden de los 90.000 m². Esta población se ha alejado bastante de los recursos forestales. Los algarrobales ahora son aportes suplementarios que equilibran etapas de sequías o de alteración de cosechas esporádicas. La explotación de una agricultura especializada en el maíz y asociados del complejo tropical-semitropical, ha logrado un clímax productivo y demográfico. Todo el suelo sujeto a su transformación en alimentos ha sido controlado, no hay otro lugar capacitado para asentar nuevas expansiones aldeanas. De este modo San Lorenzo pasa a ser el centro sociopolítico en donde los señores de la quebrada se han concentrado a conducir el área en términos productivos y litúrgicos (Petroglifos). Sobre este espacio político restringido, pero capaz de neutralizar excedentes y poblaciones distribuidos en la quebrada, llegan los primeros funcionarios incaicos y reconstruyen con la población local la aldea Tarapacá Viejo, sobre las estructuras precedentes (ver mapa). La quebrada ha logrado un auge productivo insospechado: campesinos especializados, metalúrgicos, tejedores, ceramistas, traficantes, encargados de culto; conviven con caravaneros de etnias altas que armonizan y sincronizan ideales y bienes entre lo alto y lo bajo.

Los hombres han cambiado a través del proceso de expansión aldea-

na, y han remodificado el paisaje. Tanto arboledas, vertientes y arroyo intermitente con etapas secas y activas se han adecuado a un riguroso reparto de agua y tierra. La expansión demográfica calculada en un máximo tentativo de 1.000 personas al tiempo del ingreso incaico, presupone un éxito del sistema (área Iluga-Pachica). Ahora el espacio se ha desprovisto de vegetación inculta, y un complejo mosaico de "chacras" se extiende bajo el potencial de un regadío racional que canaliza los remanentes del regadío proveniente de las cabeceras establecidos en los pisos altos de la quebrada; permitiendo así una programación de las etapas de riego-siembra-cosecha, como nunca antes, a través de todo el área de ocupación. Tal acumulación de excedentes transportables afianzó una riqueza señorial creciente, tanto así que los funcionarios incaicos establecen su hegemonía local en el mismo lugar en que se había centralizado el manejo global del área (Tarapacá Viejo). La clave de este desarrollo andino está dada por la preocupación en la definición de una compleja organización comunitaria que produce los excedentes, y de una minoría que los conduce con apoyo litúrgico y político, redistribuyendo las fuentes de subsistencias a través de todos los estamentos sociales de la población. Los ideales de vida son comunes, en tanto que el quehacer colectivo (v. gr. canalizaciones, bodegas de depósitos de reserva, abonos, construcciones, siembra, cosecha, etc.) constituye en última instancia modalidades de trabajo que sostiene a densas poblaciones, ajenas a los conceptos occidentales de pobreza. No es la concentración tecnológica de los señores la base de la acumulación de "riqueza", sino el racional empleo de la energía humana como fuerza suficiente para transformar el paisaje en términos de progreso social, con ideales litúrgicos compartidos.

Tecnologías agrarias tradicionales se combinaron con los ideales andinos de interponer bienes provenientes del sector costero, andino e intermedio, por medio de una movilidad creciente, cuyo pasadizo y centro de abastecimiento estaba localizado en la quebrada. El ordenamiento de un universo andino coherente por su multiplicidad de recursos complementarios, justificó un gradual y sostenido desarrollo, resultante de una experiencia local de profundas tradiciones, que había derivado a un modelo con escasa deficiencia en el manejo de excedentes. En verdad, la etapa de Caserones había logrado una población de 216 habitantes en algo más de 54 módulos familiares (Coeficiente Huarasiña = 1 estructura: 4 habitantes) en el momento de máxima ocupación, con una continuidad habitacional que suma aproximadamente un área de 8.100 metros cuadrados entre los 290 a 700 años d.C. Posteriormente la agrupación de tres aldeas tardías ubicadas entre las vertientes de

Huarasiña y Tilivilca ofrecieron una población de 372 habitantes en un máximo de 93 módulos familiares sobre un área total de ocupación de 11.104 m². Esta presión demográfica resulta evidente entre los 800 a 1.300 años d.C. y se suma al nuevo clímax de San Lorenzo, que luego observáramos al momento del contacto inca.

Muy cerca de la expansión inca el área estaba completamente ocupada y difícilmente podría haberse esperado un incremento demográfico si la tierra no era capaz de sostener una mayor producción. Etapas extraordinarias y esporádicas de regadío pudieron haber estimulado nuevas vías de desarrollo, pero el retorno a un arroyo estable y débil, y aun las variaciones de las mismas vertientes, presuponía que cualquier aumento mayor al logrado (1.000 habitantes al tiempo de contacto inca) incluía un serio desajuste poblacional. La incorporación de nuevos suelos se convirtió en un desafío permanente, que incluyó ingentes obras de terrazas de cultivos en las cotas altas de Pachica (ver mapa). Aquí se extendieron andenes moderados (v. gr. Tr-56) destinados al usufructo de las escasas lluvias estivales que alcanzaban tenuemente, en los veranos excepcionalmente lluviosos, sectores de terrazas de algo más de 40.000 m². Fueron ordenados en cotas de 1.750 metros s.n.m., en donde quedaron fragmentos de cerámica de un corto tiempo de ocupación al parecer traídas por grupos de colonias de tierras altas. Sin embargo este modelo "serrano" no tuvo aplicabilidad productiva y su realización es parte de este desafío interpuesto entre una presión demográfica creciente y el déficit de suelos y regadío en las postrimerías del período tardío.

Parece que la búsqueda de nuevos modelos de explotación estaba en debate cuando arribaron los primeros funcionarios incaicos. Si el modelo serrano de andenerías fue un intento frustrado, el manejo andino de pequeños retazos de tierras distantes de las aldeas estimuló el envío de pequeñas colonias, como consecuencia de regadíos extraordinarios. Bajo este esquema, reducidas porciones de la quebrada quedaban abiertas al patrón vertical de ocupación por parte de cabeceras interiores (Murra, 1972). Como parte básica de este sistema, los viejos algarrobales del fin de la quebrada y de la pampa aledaña quedaban expuestos a una sutil explotación temporal de diversas etnias y cabeceras locales. De esta manera Tarapacá, Guaviñas, Chiapas, Cariquimas, etc., mantenían acceso a "escondidos" enclaves que inesperadamente se reactivaban por esporádicos aumentos del regadío y recarga subterránea. Este patrón soportaba cierto incremento sobre el manejo de recolectas de algarrobo paralelo a una mayor cultivación adicional por el inteli-

gente regadío que incluyó el área de pampa Iluga, dando lugar a un manipuleo agrario de verdaderas "islas" productivas a cargo de escasas familias procedentes de pisos altos y de la misma quebrada. Sin embargo, no constituyó en sí mismo una salida al bloqueo demográfico tardío ejercido por un crítico equilibrio entre población y uso del espacio productivo.

Ya en esta época final el nuevo clímax poblacional de San Lorenzo, localizado en el área Tarapacá Viejo, sumó a los datos anteriores un total de 500-1.000 habitantes, cifra que puede ser revaluada hasta un máximo de 1.000 personas que reciben la administración incaica. Este tamaño resultó ser una cifra en equilibrio con la capacidad productiva de la quebrada, a pesar de los esfuerzos por buscar nuevos clímax, ante un "techo" de desarrollo por el déficit de suelos y regadíos irregulares. Es probable que este equilibrio haya sido alterado y que tardíamente se advenía una etapa crítica de desarrollo que habría creado las condiciones favorables para el surgimiento de nuevas tácticas hidrológicas por parte de las minorías señoriales. De acuerdo al documento de Lozano Machu-en temporadas de verano con máximos caudales, pero era insuficiente para una revolucionaria técnica de descenso de aguas desde las cuencas andinas interiores, por la quebrada, destinadas a cultivar los suelos incultos de pampa Iluga. La pampa referida era usada esporádicamente en temporadas de verano con máximo caudales, pero era insuficiente para reacomodar una curva demográfica creciente, por la falta de estabilidad aldeana. La canalización de estas lagunas hasta un piso tan bajo, pero a su vez tan altamente productivo, no sólo pudo ser el estímulo para la emergencia de nuevos asentamientos estables en la desembocadura de la quebrada, sino que además pudo confirmar la gran capacidad creadora andina, en términos de buscar nuevas áreas de poblamiento sobre la base de nuevas formas de organización del trabajo. Las observaciones de Cañas (1884) ya habían confirmado la calidad de los canales que unían las cuencas altas con la quebrada, a través de extensas zonas impotenciales intermedias. Esta vez la canalización, que en verdad fue iniciada pero interrumpida por el ingreso español, aspiraba a unir el altiplano con pampa del Tamarugal, en un proyecto en marcha que habría dado resultados insospechados. Resulta fascinante plantearse el efecto de esta obra inconclusa. Se ha establecido cómo el primer entendimiento con la quebrada se dio en tiempos arcaicos, con el usufructo de los bosques de algarrobos del Tamarugal inmediato, y como un largo proceso de agriculturación estimuló el acercamiento aguas arriba, acentuando una progresiva distancia de los recursos forestales. El círculo se habría cerrado al retornar los asentamientos humanos a las pampas bajas de

la quebrada, esta vez bajo otro modelo de explotación muchísimo más complejo que el arcaico.

Como el "valle del algarrobal" (pampa del Tamarugal) no fue regado según las perspectivas andinas, se mantuvo la situación agraria en un statu quo al final del proceso de expansión aldeana tardía. La ocupación incaica reconstruyó su asentamiento estable en Tarapacá Viejo y convienen con los señoríos locales el manipuleo del área. La población local enterrada en las colinas aledañas se incorporó en su fase final a los patrones socioculturales incaicos, pero en esencia la sociedad campesina continuó en su proceso productivo tradicional. Son los señores locales quienes deben transferir parte de su riqueza artesanal, alimenticia, etc., en términos de un nuevo modelo de tributación, bajo la reciprocidad andina de una sostenida paz incaica, con deberes y derechos compartidos. Un temprano desplazamiento de una colonia ("Mitmaq") desde Tarapacá a Tacna, en el año 1543 (Barriga, 1939), da ciertas señales de la existencia de un excedente social distribuido en otras áreas distantes, como consecuencia del "techo productivo" que antes se ha planteado para esta etapa. A pesar de la pérdida de la autoridad local por la imposición de un modelo imperialista, la organización social preínca continúa en vigencia y el desarrollo tiende a buscar fórmulas nuevas, acordes a los ideales andinos de producción, en el sentido de un equilibrio entre la producción alta y baja. Este esquema otorga un real sentido al trabajo de canalización iniciado entre las cuencas interandinas y nuestra quebrada, justo al tiempo de la invasión europea.

En el año 1537 el conquistador Valdivia y 170 europeos imponen el primer saqueo a la quebrada, aunque también portaban sus propios ideales de vida, pero esta vez llevaban en sí mismos los gérmenes de la desintegración de la sociedad tarapaqueña. Ya en plena lucha de conquista, Acosta (1550) señala la existencia de "riqueza" a ojos de españoles en esta modesta quebrada, cuya "historia" hasta ahora no difería en mucho de otros valles bajos del desierto meridional del Viejo Perú. La presencia de minas de plata de tiempo inca, en las cercanías de Tarapacá (Huantajaya o Asino), fue un estímulo directo para el acercamiento europeo a la quebrada en calidad de búsqueda de un apoyo logístico-minero. Mientras tanto en 1547 (Barriga, 1941) nuevos saqueos y ocultamientos de vituallas ofrecen un panorama de desolación en la quebrada. Dentro de este período de estupor andino y de búsqueda de la "verdadera" riqueza, Pizarro en 1540 (Barriga, 1941) entregó la quebrada en encomienda a Lucas Martínez Begazo, quien recibe indios, ambientes costenos y quebradeños hasta Pachica y Guaviña, bajo una unidad espacial que sin duda alguna dependía de dos cabeceras,

siendo el señor Tuscasanga, último remanente de las jerarquías locales del período de expansión aldeana, la principal autoridad en el territorio "Bajo" de Tarapacá.

La carta de Machuca (1581) retomó el proyecto inconcluso del traslado de aguas a Iluga, esta vez para crear "pueblos de españoles" orientados a concentrar señores europeos y masa india destinada a los laboríos de las minas de Huantajaya, que antes habían sido labradas por los señores incas. El designio minero estaba así tempranamente planteado, y con ello la apertura a un complejo proceso socioeconómico de proyecciones trágicas para la sociedad tarapaqueña. Ya se habla de "reducir los indios de aquel distrito"... No menos de 2.000 nativos aymarás y algo más de 1.000 pescadores, que cubrían la región de Tarapacá, en donde el segmento de la quebrada era una parte significativa, constituyeron el marco poblacional que se incorporó a una forma de dominación desconocida.

En 1540 el señor Tuscasanga mantenía su cabecera sociopolítica en la localidad de Tarapacá Viejo (ver mapa), ya que solamente allí aparece cerámica Inca, en una concentración de estructuras de amplio desarrollo, que logró a su vez atraer a los primeros colonos españoles. Ambos estamentos ocuparon esta aldea con el aporte de grandes modificaciones derivadas de nuevas formas europeas de percibir el aprovechamiento de los recursos locales. En Tarapacá Viejo se fueron asentando los primeros colonos europeos en plena convivencia con la población señorial indígena, que al parecer no ofreció resistencia, hasta conformar un gran pueblo con eficiente planteamiento compuesto por 40 módulos que cubrieron un espacio mínimo de 30.150 m².

El cruzamiento de fuentes documentales arqueológicas (depósitos de desperdicios) y escritas, permite asegurar que ya desde el año 1548 la quebrada está bajo un fuerte control de mayordomos que colonizan el área a través de la imposición del Modelo Europeo de Fincas destinadas a maíz, trigo y cebada. Se implanta el ganado vacuno, caprino, ovino y aun algunos cerdos. El control estaba programado para el manejo regional en amplia escala. En el año 1.600 (Echeverría, 1804), la quebrada es designada Curato y por cierto que la población española estable había logrado un control inicial del área desde Tarapacá Viejo, desde antes de esta creación eclesiástica. Una agrupación restringida de colonos españoles mantenía la hegemonía sociopolítica del área en plena convivencia con los señores locales, y recibían periódicos traslados de bienes europeos en proceso de adaptación a este ambiente exótico. Los depósitos de desperdicios en torno a Tarapacá Viejo infieren una temprana presencia de ganado europeo, asociado a granos tan

importantes como el trigo y una profusa difusión de nuevas tecnologías que incluso dominaron hasta las artesanías más típicamente quebradeñas como lo era la cerámica. El control del área estuvo inicialmente dedicado a la toma de posesión de la tierra fértil en situación de alto rendimiento y la captura de mano de obra avasallada, en función de un ideal de explotación europeo nunca antes conocido en la quebrada. Algunos españoles preocupados de establecer sus primeras fincas por un lado, y otros con expectativas hacia Huantajaya, mantenían las incipientes labores de extracción. Se advierte que a mediados del siglo XVI no solo se controla el tráfico europeo de conquista a los territorios sureños, sino que los datos arqueológicos están demostrando que desde muy temprano se establecen los asentamientos europeos por la atracción minero-agraria local (Huantajaya) y regional (Potosí). Los mayordomos presionaban con los cobros de tributos, establecían almacenes comerciales (tambos) y sumaban los excedentes para distribuirlos una vez al año en los mercados de Potosí. Controlan el agro y las minas, pero continúan con el mar, a través de la preservación de flotas destinadas al comercio de pescado seco, en la costa sur peruana (Arequipa). Estas acciones gestadas en la temprana encomienda de Tarapacá estaban adecuando el proceso de desarticulación de la estructura andina local. La expansión del modelo europeo de explotación cunde hacia Huarasiña, aguas abajo de Tarapacá Viejo y se construye un poblado indio-europeo con un espacio total del orden de los 4.000 m². Se repite una vez más la vieja solución local del manejo de las dos áreas de vertientes (Huarasiña y San Lorenzo) como claves para la concentración europea. Ambos pueblos de contacto histórico ya no se construyen como los anteriores sobre las terrazas altas, esta vez se acercan por las pendientes al plano cultivado, y persisten en la banda sur, hasta la gran epidemia de 1717. Este acontecimiento produjo una reorientación de los hábitats hacia la banda opuesta, en planos bajos que reciben las primeras construcciones de los actuales pueblos de San Lorenzo y Huarasiña (siglo XVIII); además, el efecto aniquilador de la epidemia sobre la población local campesina fue otro factor social de desajuste al medio quebradeño.

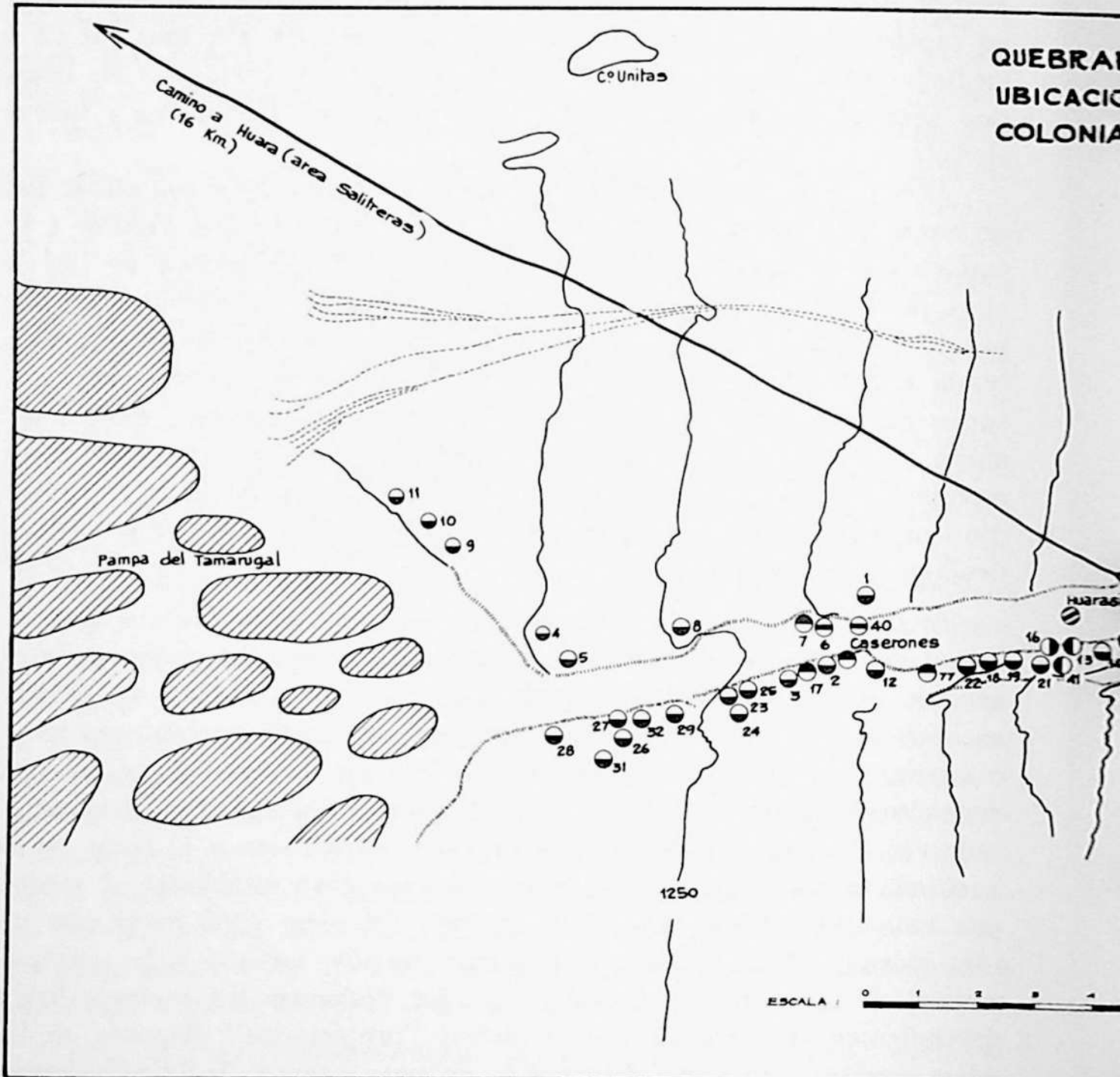
Los aportes inmediatamente posconquista de ganado, aves domésticas, artesanías, semillas, tecnología extractiva, arquitectura y liturgia europea, inician un radical cambio en las estructuras sociales locales, desde la década del 1548. Cambia el uso de los suelos: del maíz al trigo, de la chicha al vino, algarrobales y chañares por frutales, pastizales para las nuevas caravanas esta vez de mulares, etc. De la vieja tierra comunitaria conducida por los señores locales, a la finca familiar europea, en donde se gesta la incorporación campesina local en calidad de

obra de mano avasallada y protegida por un paternalismo sui generis. El nuevo modelo económico excluye a los intereses andinos, pero usufructuó de los sistemas tradicionales de movilidad social. Los mayordomos descubren el viejo manejo "colonial" y hacen traslados de gentes, esta vez horizontales, de nefastas consecuencias. El excedente social que hemos inferido para el final preeuropeo de Tarapacá es distribuido al área de Arica y Tacna (1540), bajo situaciones no andinas, que implicaron un rápido y temprano despoblamiento de la quebrada. Por esto que ya a mediados del siglo XVI hay constancia de negros y yanaconas en laboríos agrarios, incluyendo negros en las minas de Huantajaya y litoral aledaño.

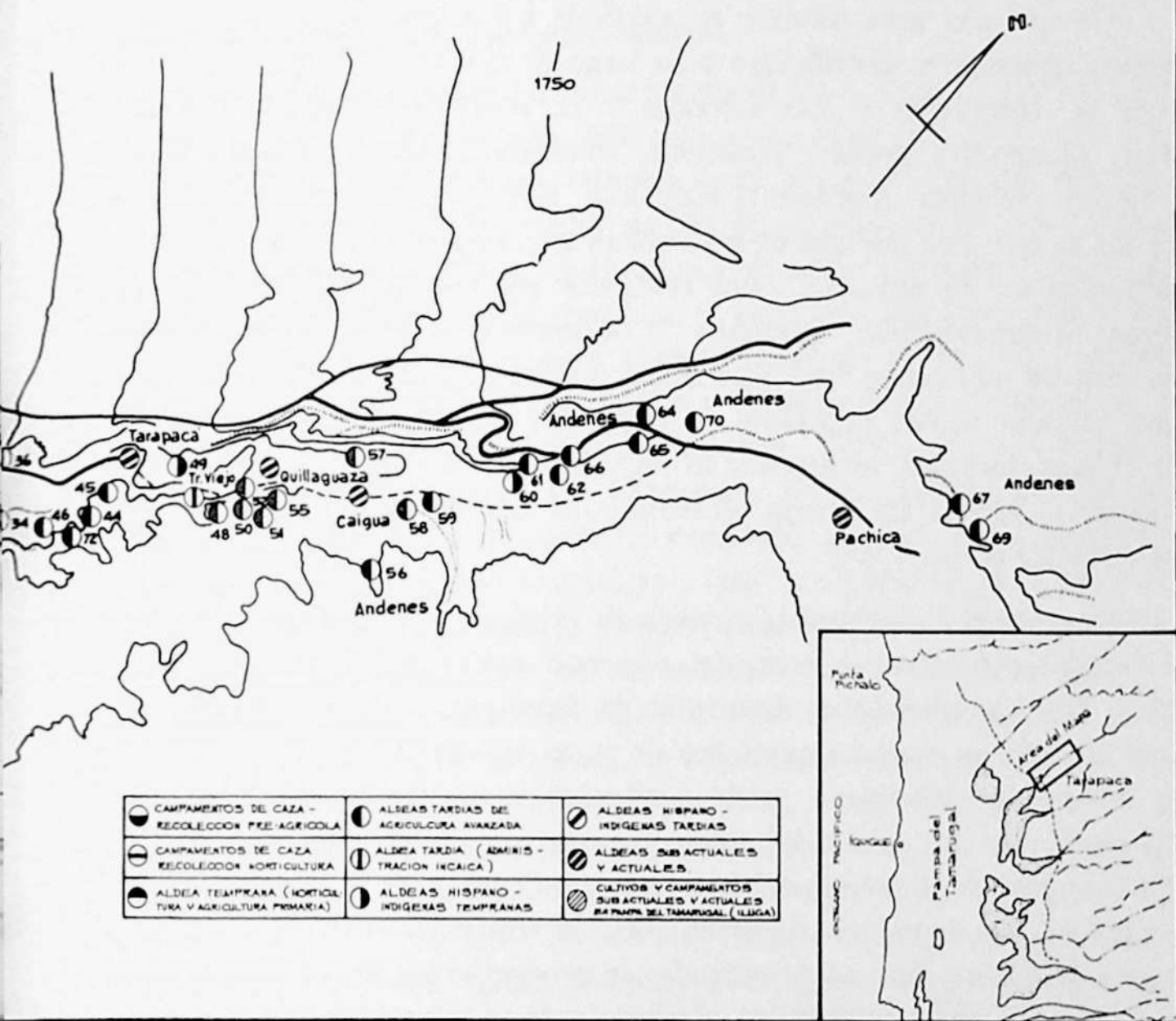
Ahora se percibe la producción de la quebrada para consolidar los gérmenes de riqueza en distinguidas familias europeas que aspiran a la explotación de los laboríos argentíferos bajo la perspectiva de lograr altas producciones locales que otorguen niveles de autonomía adecuada para el manejo del trabajo minero a gran escala. El esquema de una quebrada al servicio de la alimentación de una densa masa campesina, con suelos cultivados por los intereses de los propios campesinos, pasa a ser ahora una área de explotación para acumular riqueza europea de corte mercantil. Quienes se incorporaron al sistema sobrevivieron, el resto constituyó una masa campesina desposeída y lo que es más grave: desarticulada social y políticamente.

Si solamente se aceptan los cambios foráneos de naturaleza agraria, surge una serie de situaciones que impulsan a una temprana desintegración de las comunidades locales: 1) el nuevo concepto de hábitat europeo nuclea habitaciones solariegas, constituyendo pueblos con focos comerciales en donde la población local tenía acceso con niveles de dependencia en la medida que se incorpora al sistema. Por otra parte, cada vez mayores grupos de desposeídos se distribuían a lo largo de la quebrada tomando control de escasos retazos para estabilizar al menos una economía de subsistencia, al margen del viejo ideal integrador de vida aldeana. 2) La nueva finca europea no sólo cortó el viejo concepto vertical de la propiedad andina, sino que desbarató los enclaves bajos dependientes de pisos altos. Los nuevos "propietarios" disponen de límites precisos a su nueva distribución de agua y tierra. 3) Se adjudicaron el manejo del tráfico con las tierras altas y transformaron las relaciones andinas armónicas por la implantación de mecanismos monetarios, alterando radicalmente el trasfondo social de la propiedad vertical y aún de los valores de reciprocidad ejercida por los señorios de la quebrada. 4) El bloqueo a la continuidad de ocupación en términos de archipiélagos distantes, además de la directa usurpación de tierras expec-

QUEBRADA
UBICACION
COLONIA



ASENTAMIENTOS HUMANOS PREHISTORICOS Y ACTUALES.



tables, estimuló una temprana política oficial de "reducción de comunidades", en espacios menos productivos.

Es decir, los cambios derivados de la transformación de la propiedad suscitaron un arrinconamiento de las mayorías campesinas, las mismas que antes fueron responsables de la producción excedentaria bajo situaciones andinas, derivando un temprano proceso de despoblamiento de sorprendentes proyecciones paralelo a una acentuada pobreza, también "foránea" a las tradiciones locales. En el año 1699 (Barriga, 1941) las comunidades indias de la quebrada venden a españoles sus propiedades trigueras que permanecían rodeadas de una fuerte expansión de las fincas.

Campesinos incorporados en vasallaje a las casas solariegas y modestos agricultores distribuidos a lo largo de la quebrada, entre los pueblos de Huarasiña y San Lorenzo y en múltiples lugarejos intermedios, manejaban predios reducidos, conduciendo su producción a los intereses europeos. Durante el siglo xvii el trigo ha cubierto la mayoría de los suelos. Los molinos de los señores estrechan más aún los niveles de dependencia; no obstante, estos reducidos sectores de modestos agricultores "independientes" permiten la sobrevivencia de la sociedad local en vías de mestizaje. Para este efecto ocupaban todos los rincones posibles cuando existía superávit de regadío, y aun manejaban el control de tierras distantes, incluyendo la implantación del trigo en pampa Iluga cuando el caudal del arroyo alcanzaba las extensiones aledañas del Tamarugal (O'Brien, 1765).

Durante el siglo xviii la riqueza de la plata, los excedentes agrarios y forrajeros locales, el éxito del comercio nunca antes conocido en el área, han consolidado el desarrollo de familias de origen europeo que han logrado un status agrominero de suma trascendencia. Es el siglo de la expansión del nuevo pueblo cabecero que actuó como verdadera "capital" de la quebrada: San Lorenzo de Tarapacá (ver mapa). Aquí se planeó el destino minero de la quebrada y de la región aledaña, creándose los estímulos decisivos para la transformación del paisaje a través de nuevas formas de entender la productividad de la quebrada. Se trata de colocar la agricultura al servicio de la minería, manteniendo en San Lorenzo el foco político y cultural hacia donde converge la gradual y efectiva acumulación de capitales en uno de los extremos más marginales del virreinato. La emergencia de la "aristocracia" de oasis de ancestro español con autonomía espacial y política, imprime un vertiginoso ritmo creciente al trabajo semindustrial de los laboríos de plata, en tanto que se modifica el paisaje por la explotación intensiva de forraje

y de las maderas de los bosques aledaños (combustible industrial). Lejano está el tiempo en que el cuidado del valle y arboledas estaba previsto para asegurar un razonable equilibrio entre alimentos y forrajes. Ahora se incrementa una forma irracional de apropiación de leña y proliferan las pequeñas factorías de carbón de madera, que iniciaron las bases de un comercio regional de nefastas consecuencias para poblaciones que todavía tenían acceso al Tamarugal. Otras transformaciones del paisaje se estaban operando con el desmesurado desarrollo de la ganadería de tiro (V. gr. mulares). Por esto, en la medida que se ampliaba la exploración y elaboración extractiva de pampas y cordilleras distantes, se requirió de nuevas y viejas tierras destinadas a pastizales, restando un importante espacio a la producción de alimentos locales: del trigo al pasto, de las fincas a la explotación minera.

Tan ambiciosa gestación minero-agraria llevó a su máxima riqueza al yacimiento de Huantajaya, que nunca mantuvo una población señorial residente, por la absoluta carencia de recursos locales. Así, se levanto en San Lorenzo la cabeza visible de una época extraordinaria de audacia en la lucha por transformar quebradas y desiertos productivos en riqueza. Los señores hacendados reactivan el viejo proyecto destinado a trasladar caudales desde las cuencas andinas (O'Brien, 1765), para ampliar el regadío hasta pampa Iluga. Jueces y propietarios de Huantajaya alternaban con dueños de fincas (Echeverría, 1804). San Lorenzo, en la colonia tardía sumaba 1.337 habitantes, de los cuales sólo 329 eran "indios hábiles" (Dagnino, 1909), dedicados a orientar la producción agraria a los requerimientos exigidos por las poblaciones establecidas en los tempranos campamentos mineros (Barriga, 1941). En esta colonia tardía (1756), el deterioro de la sociedad autóctona había llegado a un clímax crítico. El déficit de mano de obra exigió la imposición de mitas (trabajo obligatorio en turnos de baja remuneración), para los laboríos de Huantajaya. Uno de los propietarios, el señor De la Fuente, requirió mita de minas sobre los escasos remanentes étnicos de San Lorenzo, de Tarapacá y Sibaya. Al constituirse la mita en Huarasiña en 1761, se establece que más del 75% de sus componentes proviene de gentes establecidas en cotas sobre Pachica (Villalobos, 1975); precisamente de comunidades más altas donde el modelo económico europeo tuvo menos adecuación y por ende se conservó más el carácter de área étnica de refugio. Frente a estos requerimientos de trabajo obligatorio, los señores Lucay y Quiquíncha de Sibaya argumentaron sobre el carácter trágico de esta imposición. Al final, son trasladados al lugarejo de Tiliwilca, en la propia quebrada, donde se mantenía un trapiche y "azogue-rías" argentíferas, proveído de los minerales de Huantajaya. Al evitar

su traslado a Huantajaya, recordaban todo el proceso de etnocidio focalizado en los laboríos de plata desde el siglo xvi.

En esta época se puede postular una gradual transición entre la "aristocracia agraria" a una "aristocracia de la plata", cuya eclosión se advierte a mediados del siglo xviii. Precisamente José Basilio de la Fuente, el hombre más rico de toda la región, dueño de gran parte de Huantajaya, vive en su casa solariega de Tarapacá; a su muerte se adviene el ocaso de los yacimientos argentíferos, y una recesión crítica repliega las operaciones mineras y retrae a los primeros pioneros con fuertes capitales acumulados, a la quebrada original. El retorno al medio agrícola implicó una crisis aguda, derivada de los desajustes suscitados por la dependencia de la producción agraria a las faenas mineras. Predios subdivididos por los sistemas de herencia, aumento de trabajadores sin empleo minero, súbita reducción de mercados, constituyen, entre otros factores, los indicios de un incremento de la inestabilidad agraria dependiente, con serios efectos entre la población indígena y mestiza local. En el año 1792 (Barriga op. cit.) una cifra algo superior a 400 individuos, entre los que se cuentan mestizos, cholos, indios y negroides, abandonan Huantajaya. Por otra parte, desde diversos lugares de extracción y elaboración argentífera vuelven propietarios y mineros incipientes a la quebrada.

Los nuevos señores tarapaqueños de comienzos del siglo xix lograron incorporar la pampa aledaña con intenciones semindustriales, a base de una tecnología española de bajo rendimiento, para lo cual experimentaron un debido aprovechamiento de recursos locales vinculados con la explotación de las minas. Surgió gradualmente un buen manejo de la fabricación de pólvora. Se construye una fábrica en San Lorenzo, por el traslado de azufre, carbón de madera y nitrato y alcanzan cuotas significativas que, a falta de mercados de plata, crean una nueva estrategia en la búsqueda de mecanismos que reactiven la economía del área. Sus ideales no son agrarios sino de expectativas casi industriales. Los hombres definitivamente han cambiado. Un nuevo modelo de empresa define una mentalidad citadina de pioneros industriales, con residencia estable en la vieja aldea de San Lorenzo. Aspiran a una casa de monedas propia, consolidan su autonomía de gestión tras la posesión de estacas extensas de nitrato bajo la quebrada. En el año 1809 el éxito de la venta de pólvora los pone en contacto con mercados europeos y los viejos capitales de la plata se reagilizan considerablemente. Es el tiempo en que los experimentos químicos transforman al nitrato en salitre, y se establece una verdadera lucha por la adquisición de pampas cercanas a la quebrada. Al decaer los mercados de pólvora, hay un retorno a la quebrada en vías de

preparar la más grande aventura tarapaqueña: la explotación salitrera. Tarapaqueños como Hidalgo, Plaza, Arias, Vernal, Tinajas, Carpio, Calla, Granadino, etc., figuran como los más tempranos propietarios de incipientes oficinas salitreras, que echan las bases de un rápido enriquecimiento con repercusiones directas en la producción agraria dependiente de la quebrada. Ahora el hombre más rico de la región es Anastacio Tinajas, Tarapaqueño, hijo del siglo XVIII, quien en 1840 ha acaudalado los capitales más atractivos de la naciente república peruana. Luego Ramón Castilla, predilecto tarapaqueño, pionero salitrero, alcanza la presidencia del Perú y lleva adelante una política que afianzó los intereses industriales en vías de amplio desarrollo.

Interfiere este nuevo clímax productivo la penetración victoriana inglesa a través de tecnologías y capitales de gran trascendencia. Se acercan al área salitrera densos capitales foráneos, con nuevos ideales de vida que se contradicen con la experiencia tarapaqueña. La guerra salitrera finiquitó una etapa de control tarapaqueño, expandiendo un nuevo modelo industrial afianzado en la nueva estructura británica que se imponía en los diversos enclaves mineros con apoyo de amplios recursos financieros y tecnológicos foráneos al medio local. Los señores tarapaqueños pierden su hegemonía sobre el área, y definitivamente quedan fuera del proceso. Gradualmente la quebrada deja de ser el eje básico del poder financiero y administrativo en tanto que el talento victoriano construía en Iquique el nuevo modelo urbano, con nuevas concepciones empresariales que colocaban al puerto en estrecha relación con los mercados del Viejo Mundo. Los nuevos ideales de vida se orientan al Pacífico, dando la espalda al viejo centro-cultural de San Lorenzo. Los escasos empresarios sobrevivientes del cambio de posguerra, permanecen como remanentes de un auge perdido y continúan usando sus casas solariegas en la quebrada. Quizás si sólo una familia, los Marquesados, tiende a incorporarse al modelo inglés y construye la única mansión tarapaqueña en la colina del Morro de Iquique, pero el destino de la disolución de los capitales autóctonos estaba decididamente sellado.

Durante el temprano auge salitrero la quebrada debió aportar alimentos, pastos, y gentes, a través de un enérgico flujo migratorio que intensificó el despoblamiento local en términos de romper la tradición andina que sobrevivía desposeída en la quebrada, estimulando el rápido poblamiento de la pampa aledaña. En la medida que grandes concentraciones de trabajadores se establecían en uno de los desiertos más productivos del mundo, la quebrada reactivó sus suelos para satisfacer mercados salitreros cada vez más exigentes, consolidando el auge de las fincas señoriales de tradición española.

En el año 1876 (MS) existían 92 propietarios de tierras entre Huarasiña y Pachica (ver mapa), de los cuales sólo 9 eran directamente acaudalados, 17 pueden considerarse medianos con recursos algo suficientes y 67 son claramente pequeños propietarios que subsisten dentro de un status de pobreza estable. El auge salitrero significó en buenas cuentas una consolidación de la alta productividad de las grandes fincas, en donde sólo existían andinos mal rentados, y un proceso migratorio que capturó la mano de obra desquiciada en la quebrada, intensificándose el deterioro campesino en un alto nivel desintegrador. Los hombres sin riqueza han cambiado: más mineros, menos campesinos. La riqueza se ha concentrado en las familias tarapaqueñas tradicionales ligadas con la explotación esta vez agrosalitrera, las que se incorporaron al nuevo sistema de explotación británico, por su experiencia mercantilista previa de naturaleza extractiva. Dentro de este esquema, sólo la familia Vilca, de raíz andina, aplicó el modelo comunitario del trabajo autóctono quebradeño en plena pampa salitrera, con un fracaso que trascendió en las tradiciones orales. La última posibilidad de reactivar un modo de vida alterado por la imposición de nuevos valores ajenos a la organización social andina, también había fracasado.

Los pequeños agricultores oriundos, propietarios de débiles retazos de tierras en torno a los pueblos de Huarasiña, San Lorenzo y Pachica, mantenían sus asentamientos en torno a los "ojos" de Amalo, Caigua, Tarapacá, Tilivilca y Huarasiña, al vaivén de las fluctuaciones del regadío y de las esporádicas contracciones de los mercados salitreros. Estaban rodeados de las grandes fincas, con inestabilidad acentuada por su situación marginal, en un contexto de empobrecimiento en calidad de "indios" que viven en "estrechos retazos" (Cañas, 1901). Este esquema se sostuvo en la medida que un intenso mestizaje definió una reducida presencia campesina relictual, sin posibilidades de desarrollo. Con el advenimiento de la crisis salitrera de mediados del presente siglo, el caos consecuente con la restricción de los mercados aledaños se sumó paralelamente a las etapas más prolongadas de sequías, desapareciendo el arroyo en dilatados períodos de bajísima productividad. El despoblamiento de los asentamientos estables ceñidos a los sectores de vertientes logró una máxima expresión. El pueblo de Huarasiña en el año 1901 mantenía una población de 150 habitantes, ahora restan 4 habitantes (1971). En San Lorenzo de Tarapacá durante el año 1901 habían 1.500 habitantes, restan aún 23 pobladores (1971). En Caigua de 100 habitantes en el año 1901, sobreviven 14 personas (1971), en Carora de 60 habitantes en 1901, la población bajó sensiblemente a 6 personas (1971).

Las aldeas del siglo pasado dispuestas en Huarasiña, San Lorenzo, Pachica y los villorrios intermedios, se presentan hoy en vías de ser yacimientos arqueológicos. El despoblamiento actual ha aumentado el deterioro de los asentamientos y sus estructuras sólo se reactivan en las festividades sacras tradicionales. En el año 1971 sólo restaban 41 familias distribuidas entre Huarasiña y Pachica, la mayoría sin capacidad de organización social suficiente para retomar el manejo agrario de la quebrada. Los agricultores actuales se han empobrecido ya que sólo un 5% alcanza cierto poder de comercialización adecuada, el resto lo constituyen modestos chacareros y jubilados salitreros que subsisten en un universo quebrado. Por otra parte, la activa riqueza señorial agrominera que se había desajustado desde la posguerra salitrera ha abandonado sus viejas pertenencias. En el año 1930 sólo la familia Quiroga, viejos mineros y agricultores, sobrevivía aislada como una última señal de la rápida desintegración de la riqueza quebradeña.

Distintos hombres con diferentes modos de explotación han percibido un mismo ambiente con respuestas disímiles. Ahora el paisaje está fuertemente alterado por este proceso de despoblamiento. Las arboledas raleadas por la explotación irracional, chacras abandonadas, pueblos en ruinas, se asocian a las mismas vertientes que antes alternaban con el arroyo el marco adecuado para los asentamientos. Recientemente el mismo arroyo descende con mayor evidencia, pero no hay campesinos en condiciones de interponer nuevas formas de organización social y laboral suficientes para reactivar y orientar nuevos logros regionales. En última instancia no hay tradiciones andinas capaces de explotar la quebrada en vías a un nuevo desarrollo. A pesar de este panorama social desintegrado, las condiciones ecológicas siguen siendo favorables y serán útiles en la medida que existan habilidades andinas para reproducir la tierra bajo soluciones logradas de una tradición regional aún vigente en áreas no afectadas por el proceso descrito.

En el verano tardío del año 1972 las aguas de Tarapacá se incrementaron excepcionalmente, y al igual que antes los desagües cubrieron los suelos de pampa Iluga. Mientras los campesinos de la quebrada dudaban sobre la legitimidad de la tenencia de la tierra en Iluga, una caravana de campesinos altiplánicos ocuparon esta pampa y cultivaron la tierra, reactivando el viejo patrón vertical, cuando la población quebradeña continúa en crisis.

Si la persistencia de este proceso de despoblamiento transforma a la quebrada en un conjunto de ruinas arqueológicas, y si se acepta que son los hombres los que han generado la riqueza y la pobreza, podemos pre-

guntarnos finalmente: ¿Para qué ha servido esta riqueza y cuanto hemos perdido en la pobreza?

Antofagasta, septiembre de 1976

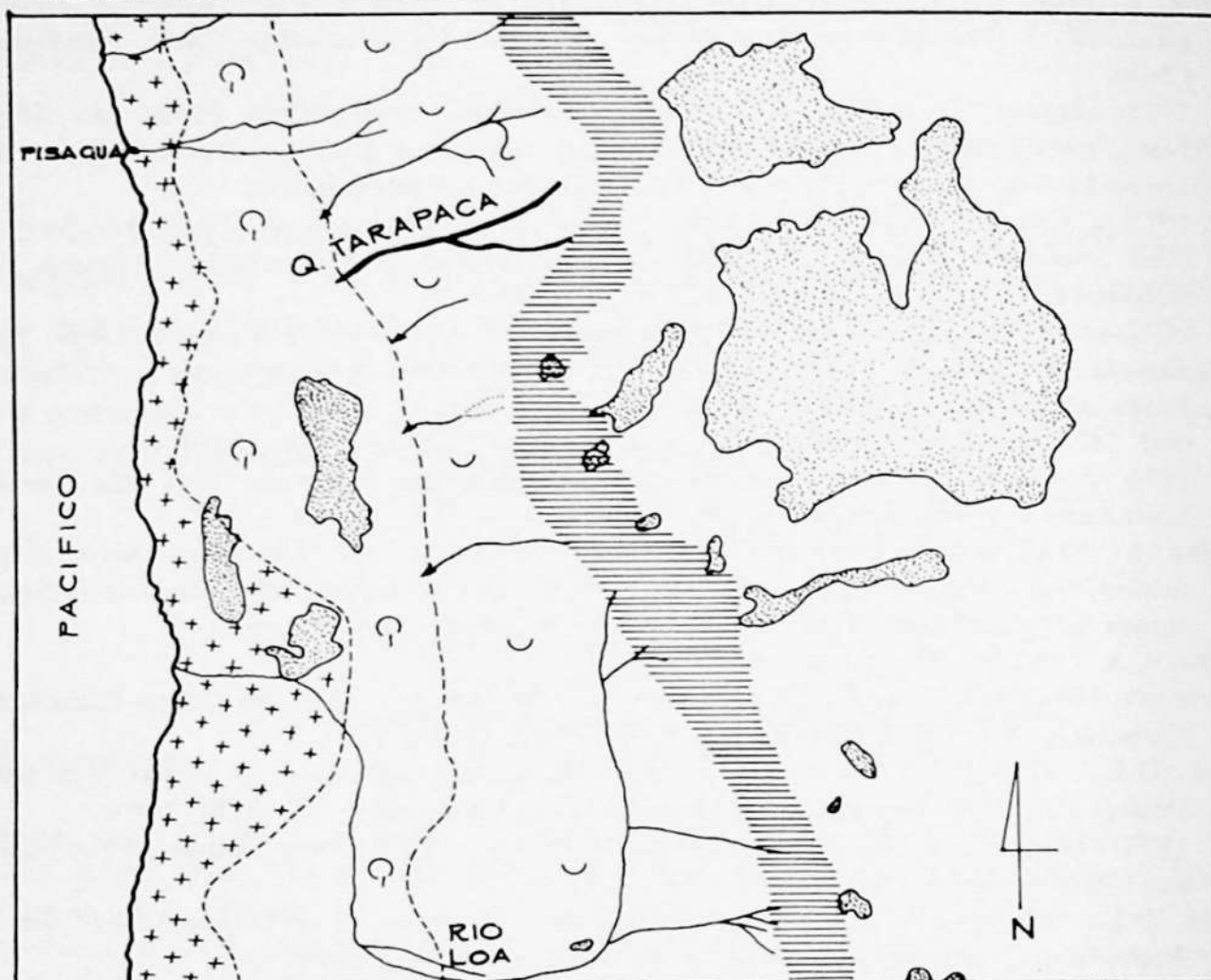
Post Scriptum: Este artículo resume la situación interpretativa de una monografía (MS) que explicita la documentación de estas sugerencias, que son en conjunto un instrumento de análisis en proceso. Durante el año 1967 viví en la quebrada y luego he reiterado estos estudios para aprender más de su pasado. A mis amigos de la quebrada, a quienes les debo tanta enseñanza les dedico este escrito.

BIBLIOGRAFIA

- ANÓNIMO. (MS). *Matrícula de predios rústicos de la provincia del litoral*, 1876 (original).
- ACOSTA, J. DE. 1550. *Historia natural y moral de las indias*. (1550). Fondo de Cultura Económica, México (1940).
- BERMÚDEZ, O. 1975. *Estudios de Antonio O'Brien sobre Tarapacá*. Cartografía y labores administrativas 1763-1771. Ediciones Universitarias, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile.
- BILLINGHURST, G. 1893. *La irrigación en Tarapacá*. Copia mecanografiada. Biblioteca CORFO, Iquique, Chile.
- BARRIGA, V.M. 1939. *Documentos para la historia de Arequipa*. (1534-1558), Arequipa, Perú.
1941. *Documentos para la historia de Arequipa*. Arequipa, Perú.
- CAÑAS, A. 1884. *Descripción general del Departamento de Pisagua*. Iquique, Chile.
1901. *Agricultura en la provincia de Tarapacá*. Iquique, Chile.
- DAGNINO, V. 1909. *El corregimiento de Arica*. Arica, Chile.
- ECHEVERRÍA, DEAN. 1804. En Barriga (1939).
- GALLI, O.C.; DINGMAN, J.R. 1962. *Cuadrángulos Pica, Alca, Matilla y Chacarilla*. Con un estudio de recursos de agua subterránea, prov. de Tarapacá. Instituto de Investigaciones Geológicas de Chile, vol. III, N° 2-3-4-5, Santiago, Chile.
- LOZANO MACHUCA, J. 1581. *Carta al Virrey del Perú en donde se describe la provincia de los Lipés*. Relaciones Geográficas de Indias-Perú, vol. II. Biblioteca de autores españoles, Madrid, España.
- MURRA, J.V. 1972. *El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas*. Ensayo publicado en el tomo II de la visita de la provincia León de Huanuco (1562). Universidad V.H. Valdizan, Huanuco, Perú.
- NIEMEYER, H.; SCHIAPPACASSE, V. 1963. *Investigaciones arqueológicas en las terrazas de Conanoxa, Valle de Camarones (prov. de Tarapacá)*. Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales, N° 26. Universidad Católica, Santiago de Chile.

- NÚÑEZ, L. 1966. *Caserones, una aldea prehispánica del Norte de Chile*. Estudios arqueológicos, N° 2. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile, Antofagasta, Chile.
1970. *Algunos problemas del estudio del complejo arqueológico Faldas del Morro, Norte de Chile*. Sonderdruck aus. Abhandlungen und Berichte des staatlichen Museums für Volkerkunde, Dresden Band 31, Akademie-Verlag, Berlin.
- 1972-a. *Cambios de asentamientos humanos en la Quebrada de Taparacá, Norte de Chile*. Serie Documentos de Trabajo N° 2. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile, Antofagasta, Chile.
- 1972-b. *Sobre el comienzo de la agricultura prehistórica en el Norte de Chile*. Estudios de Arqueología Andina. Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku. Publicación N° 4, La Paz, Bolivia.
- (MS). "Cambios de asentamientos en la quebrada de Tarapacá". MS. (1974).
1976. *Registro Regional de fechas radiocarbónicas del Norte de Chile*. En Estudios Atacameños. Museo de San Pedro de Atacama, U. del Norte, N° 4.
- NÚÑEZ, L.; NÚÑEZ, P.; ZLATAR, V. 1975. *Caleta Huelén-42: una aldea temprana en el Norte de Chile* (nota preliminar). En Hombre y Cultura, Revista del Centro de Investigaciones Antropológicas, tomo 2, N° 5, Universidad de Panamá, Panamá.
- O'BRIEN, A. 1765. En Bermúdez (1975).
- PONCE, C. 1970. *Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku*. Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, Publicación N° 15, La Paz, Bolivia.
- TRUE, D.L.; NÚÑEZ, L.; NÚÑEZ, P. 1970. *Archeological investigations in northern Chile: Project Tarapacá. Preceramic resources*. American Antiquity, vol. 35, N° 2, USA.
1971. *Tarapacá-10: a workshop site in northern Chile*. Proceedings of the American Philosophical Society, vol. 115, N° 5, USA.
- TRUE, D.L.; NÚÑEZ, L. 1974. *Un piso habitacional temprano en el norte de Chile*. Revista Norte Grande, Universidad Católica, vol. 1, N° 2, Santiago, Chile.
- TRICART, J. 1965. *Un lago salado en el desierto chileno: la pampa del Tamarugal*. Trabajo del Centro de Geografía aplicada de la Universidad de Strasbourg, Francia, Instituto de Investigaciones Geológicas de Chile, versión española. (Mimeografiado).
- VILLALOBOS, S. 1975. *La mitad de Tarapacá en el siglo XVIII*. Revista Norte Grande, Instituto de Geografía de la Universidad Católica, vol. 1, N° 3-4, Santiago de Chile.
- RIVERA, M. 1976. *Nuevos aportes sobre el desarrollo cultural altiplánico en los valles bajos del extremo norte de Chile durante el período Intermedio Temprano*, MS.
- UHLE, M. 1919. *La Arqueología de Arica y Tacna*, Quito, Ecuador.

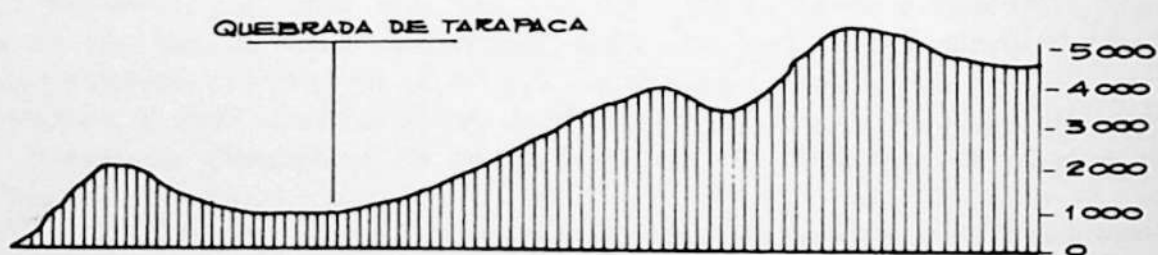
QUEBRADA DE TARAPACA UBICACION Y DIVISION ECOLOGICA



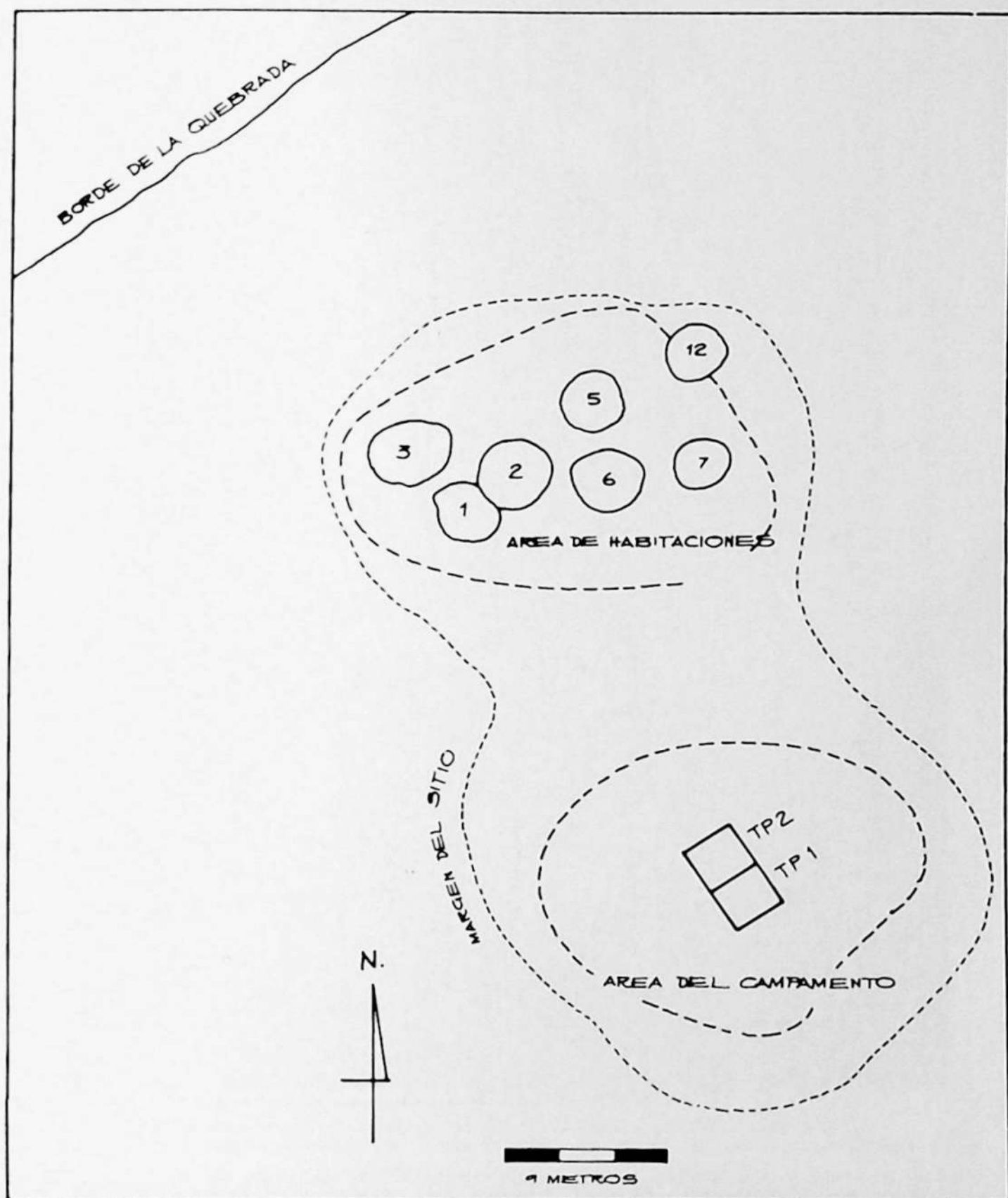
1: 500 000

- | | |
|------------------------|---------------------|
| LITORAL | CUENCA LONGITUDINAL |
| CORDILLERA DE LA COSTA | PRECORDILLERA |
| CUENCAS INTERANDINAS | ALTIPLANO |
| SALARES | |
| CUENCAS FORESTALES | |
| CUENCAS SALADAS | |
| CUBIERTA ESTERIL | |

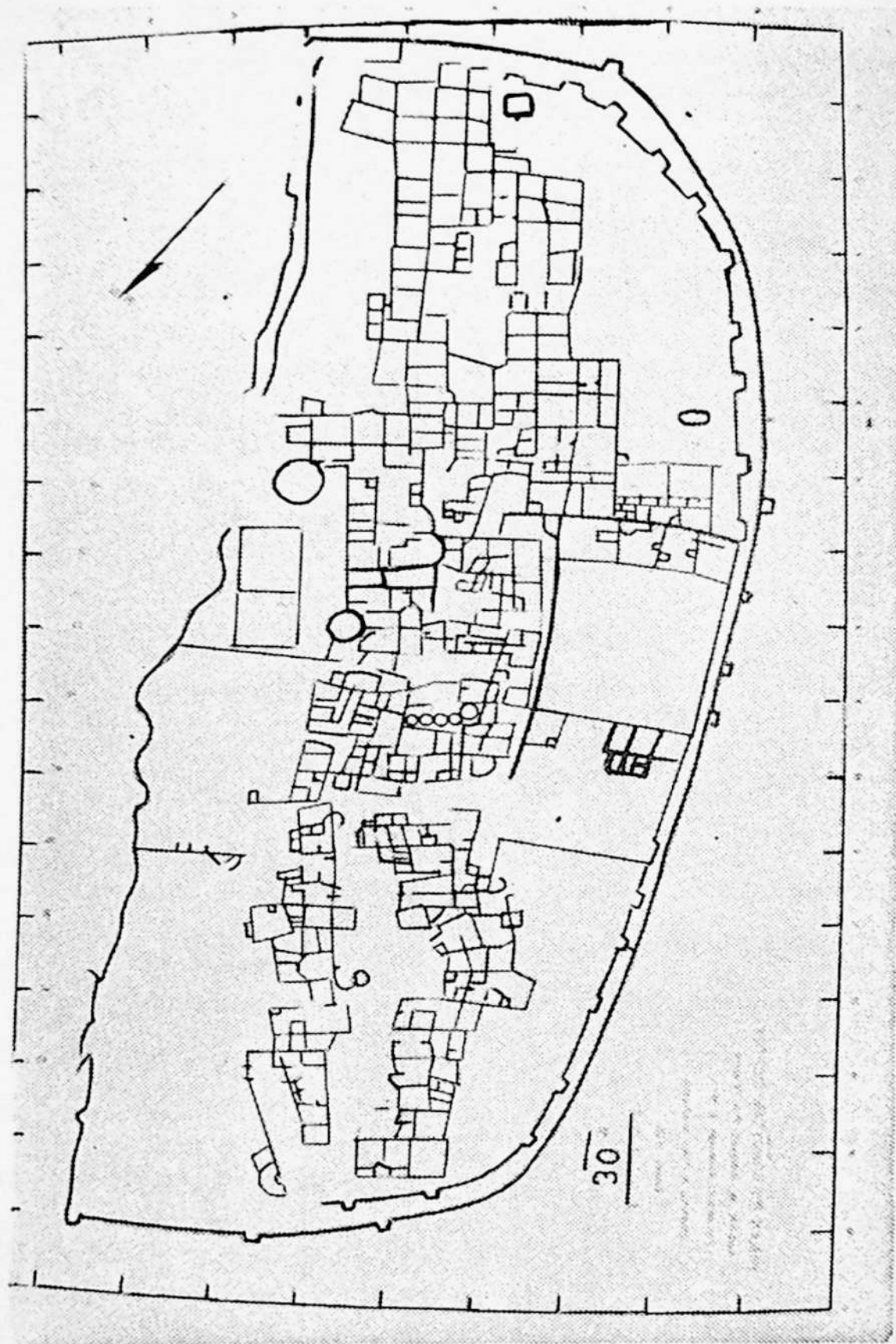
PERFIL IDEAL



ASENTAMIENTO PRECERAMICO TARAPACA 14-A
CAZA - RECOLECCION : 4.020 AÑOS A.C.



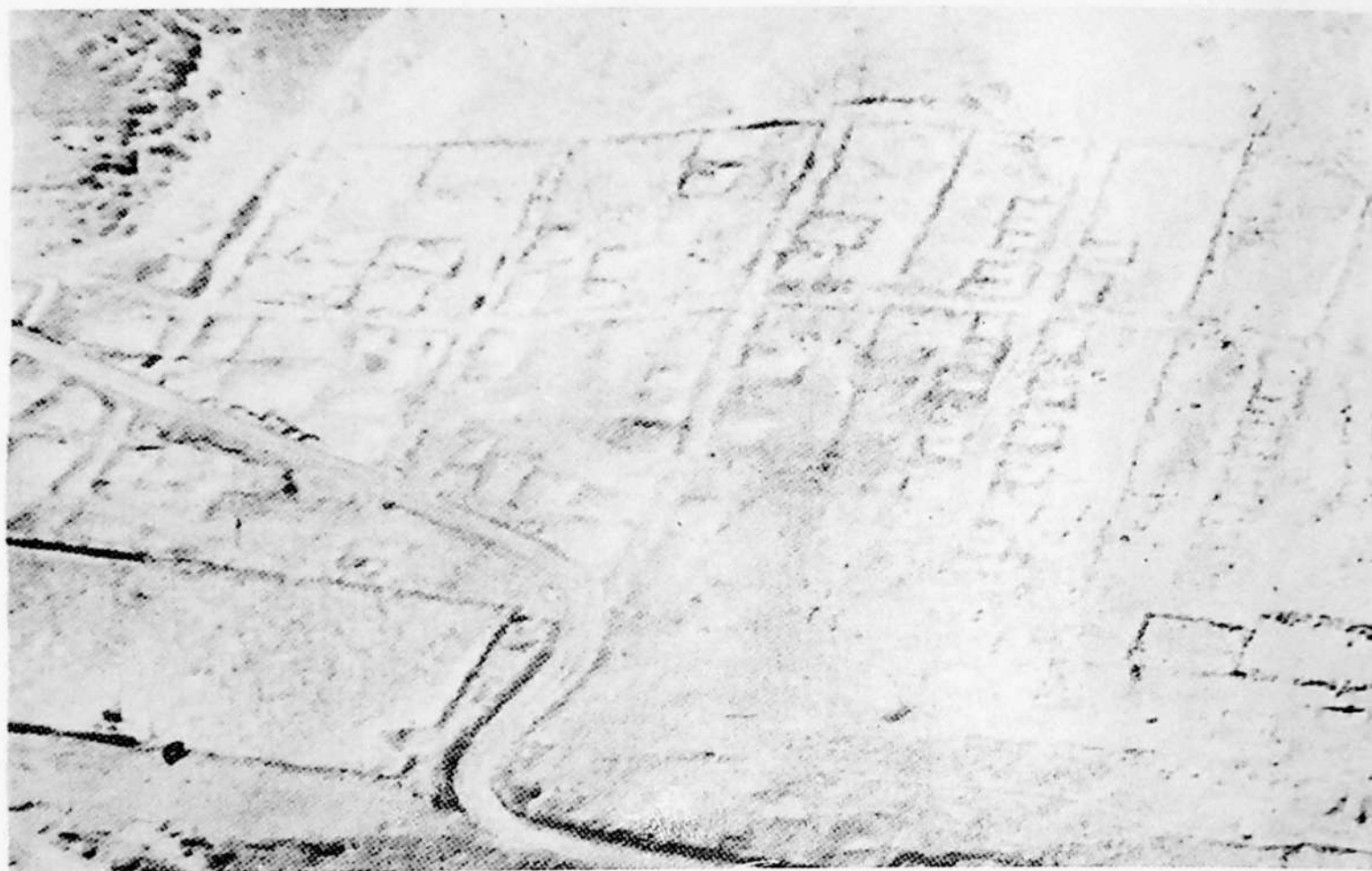
Patrón habitacional típico de los grupos de cazadores-recolectores que iniciaron los primeros entendimientos con el medio ecológico quebradeño, en una etapa temprana prealdeana.



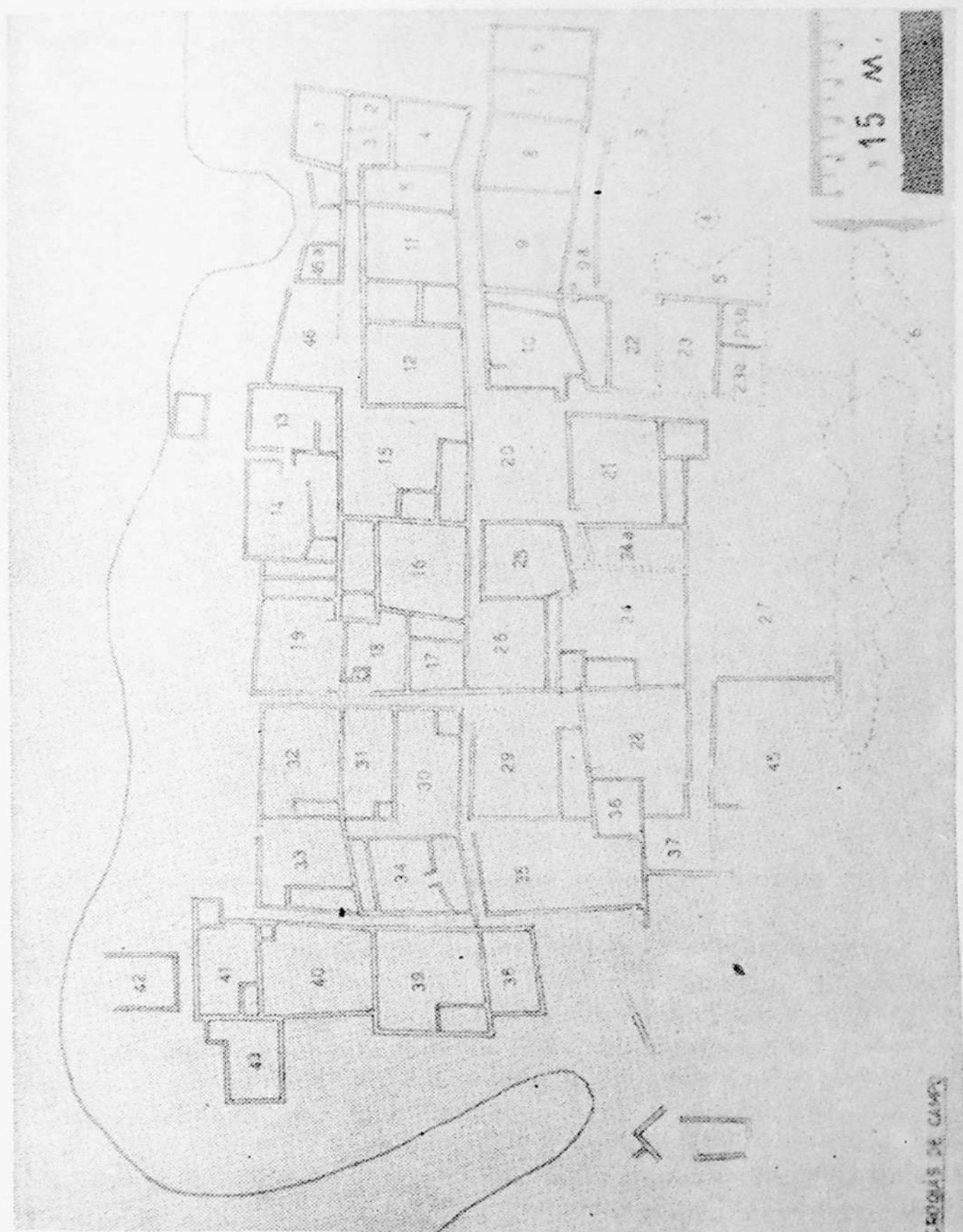
ALDEA DE CASERONES: *Primer pueblo de agricultores tempranos de la quebrada de Tarapacá. Su clímax alcanzó un máximo desarrollo entre los primeros siglos de nuestra era, a los 700 años d.C. Inicio de la estabilidad aldeana en la quebrada. Sitio registrado por el autor y actualmente en estudio de reevaluación.*



PRIMEROS AGRICULTORES DE CASERONES: *Cráneo de adulto cubierto con un turbante de cuerdas de lana utilizado como deformador, con un adorno de plumas o penacho superior. Proviene del cementerio de Caserones, datado entre los 290-360 años d.C., excavado por el autor como contraparte del Proyecto Tarapacá.*

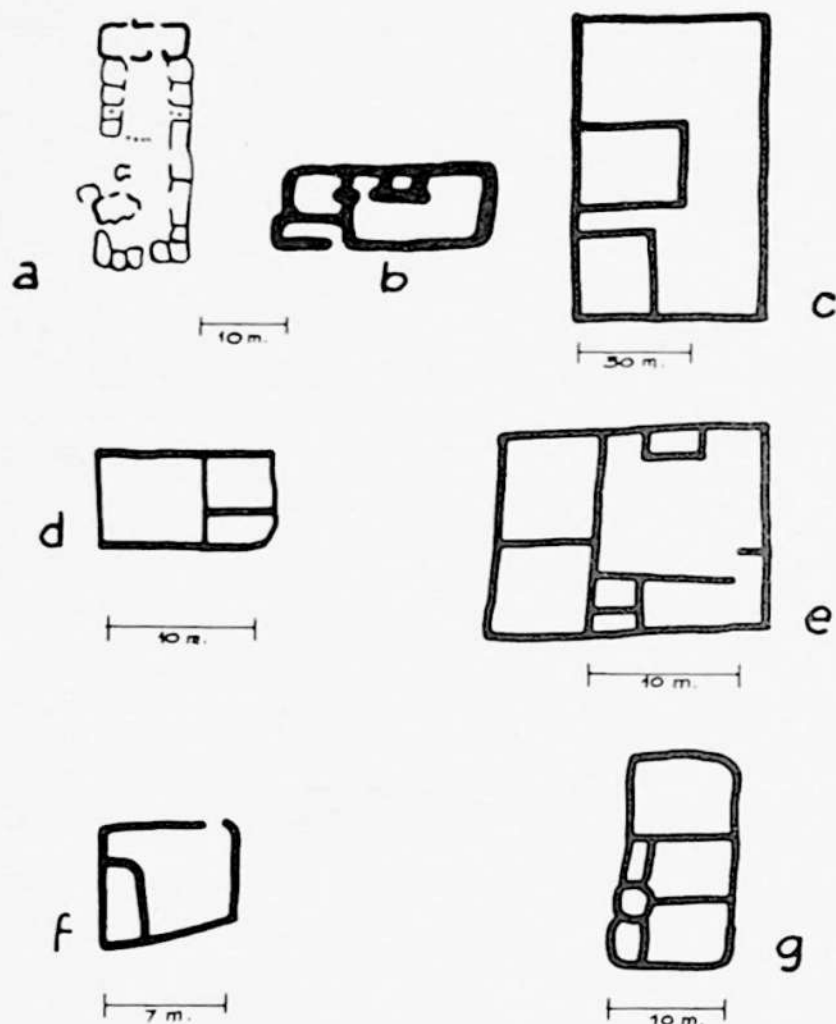


COMPLEJO URBANISTICO TARAPACA VIEJO: *Pueblo correspondiente a las últimas poblaciones preincas de la quebrada de Tarapacá, remodelado por un patrón Inca-Administrativo y Europeo-Español. Fue abandonado a consecuencia de la epidemia del año 1717. Sitio registrado por el autor (1965). Foto aérea lograda con inclinación y luz oblicua, que demuestra la alteración y erosión de las habitaciones del primer plano, apegadas al borde de la quebrada, actualmente en estudio.*



ALDEA TARAPACA-15: Plano de una aldea de Agricultores Avanzados del sector de Huarasiña (1.000-1.450 años d.C.), dibujado por P. Núñez H. Excavaciones a cargo de L. Núñez A., Proyecto Tarapacá (1967).

TIPOS DE VIVIENDAS DE LOS ASENTAMIENTOS
AGRARIOS DE LA QUEBRADA DE TARAPACA

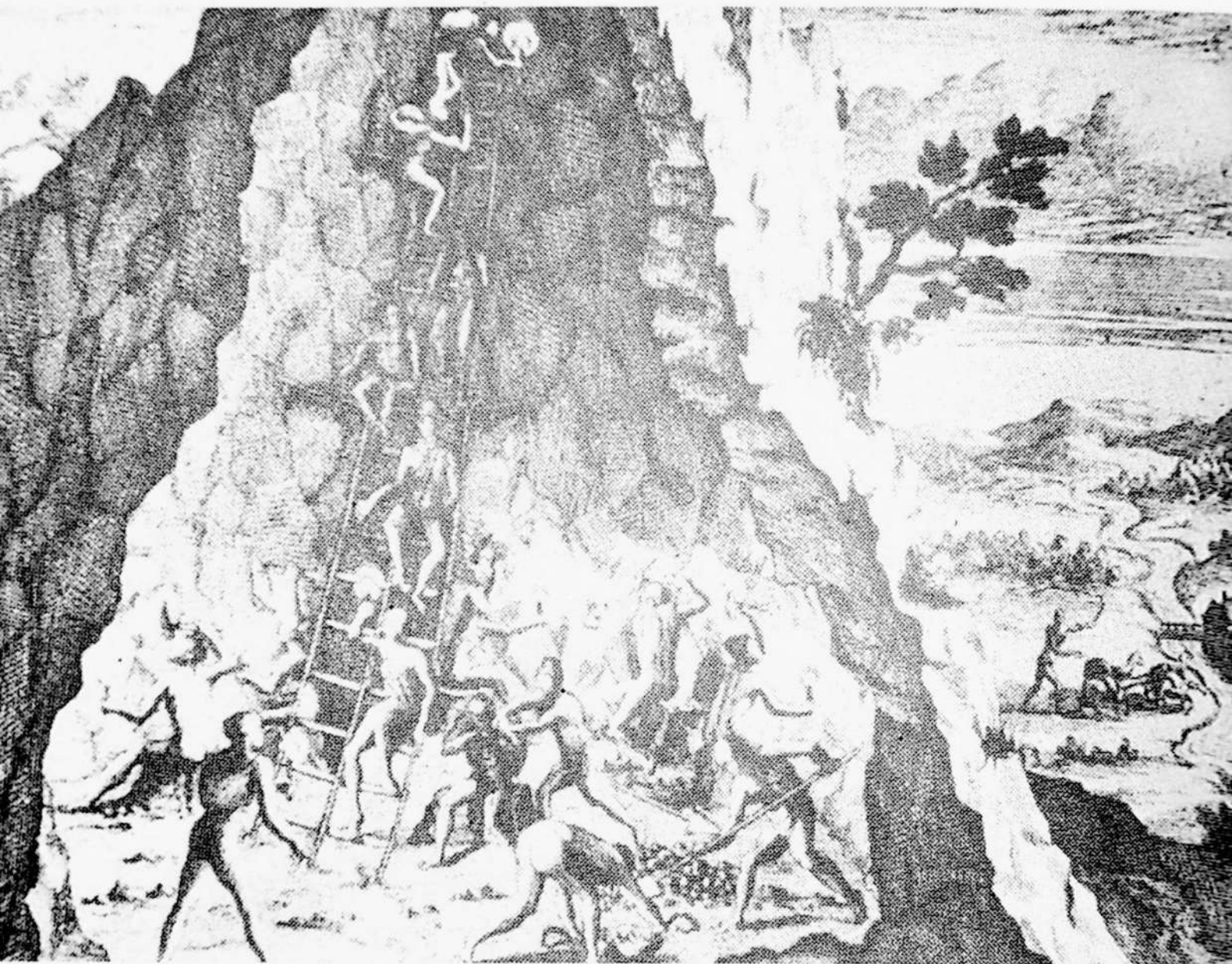


Desarrollo de diversos patrones habitacionales de la quebrada de Tarapacá:

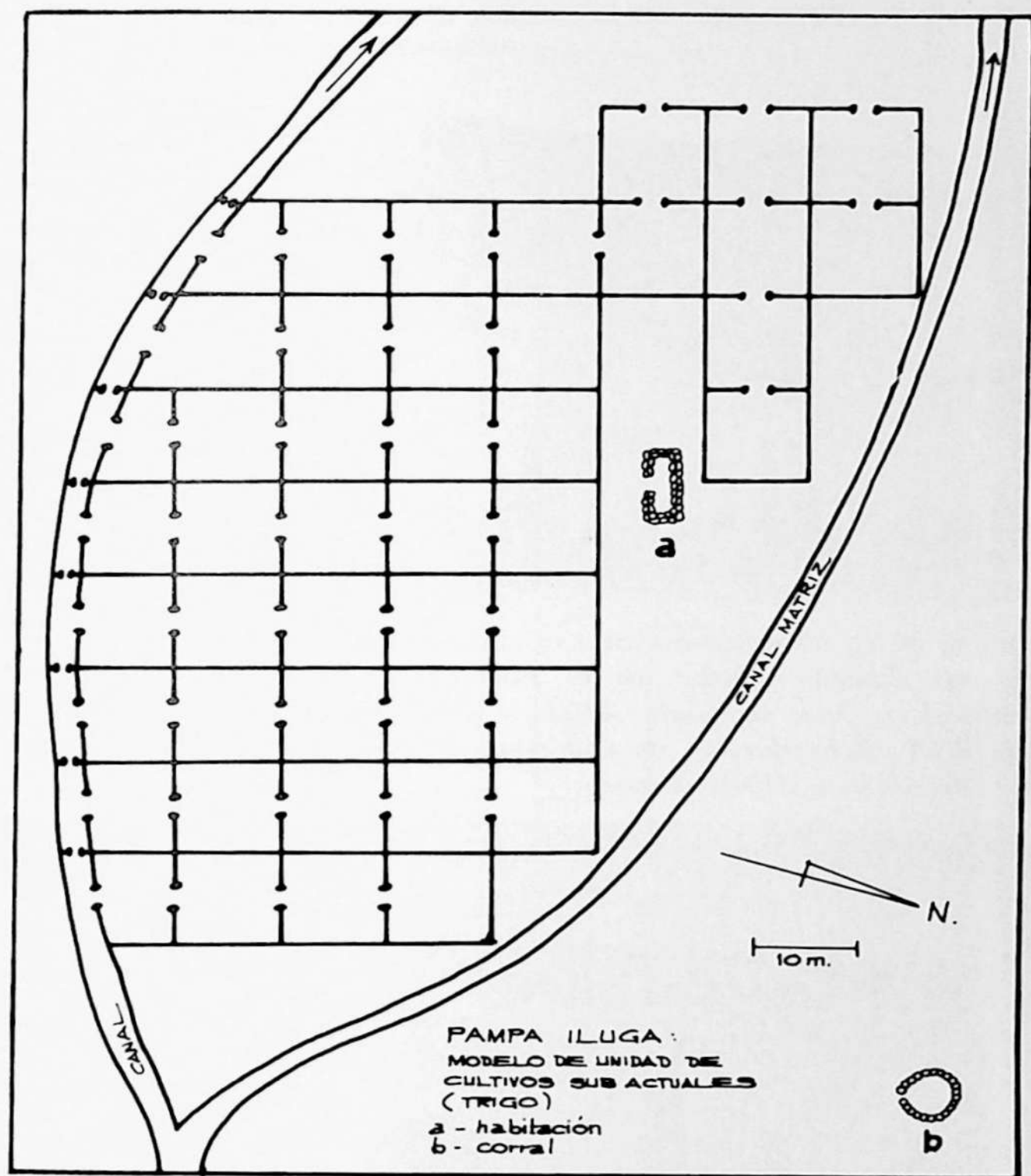
- a) Módulo familiar en uso actual en la aldea de Huarasiña.*
- b) Habitación subactual (siglo XIX), usado en la aldea de Huarasiña.*
- c) Habitación del complejo aldeano-urbanístico del pueblo Tarapacá-Viejo, correspondiente a la etapa de ocupación local-Inca-Español, persistente hasta el año 1717.*
- d) Habitación-típica de la aldea Preeuropea y Preinca, de la localidad de Huarasiña (Tarapacá-13).*
- e) Habitación-típica Preeuropea y Preinca, de la localidad de Huarasiña (Tarapacá-13-A).*
- f) Habitación-típica Preeuropea y Preinca, de la localidad de Tilivilca (Tarapacá-15), ubicado aguas arribas de Huarasiña.*
- g) Habitación-típica de la aldea temprana, anterior a las precedentes (Caserones).*



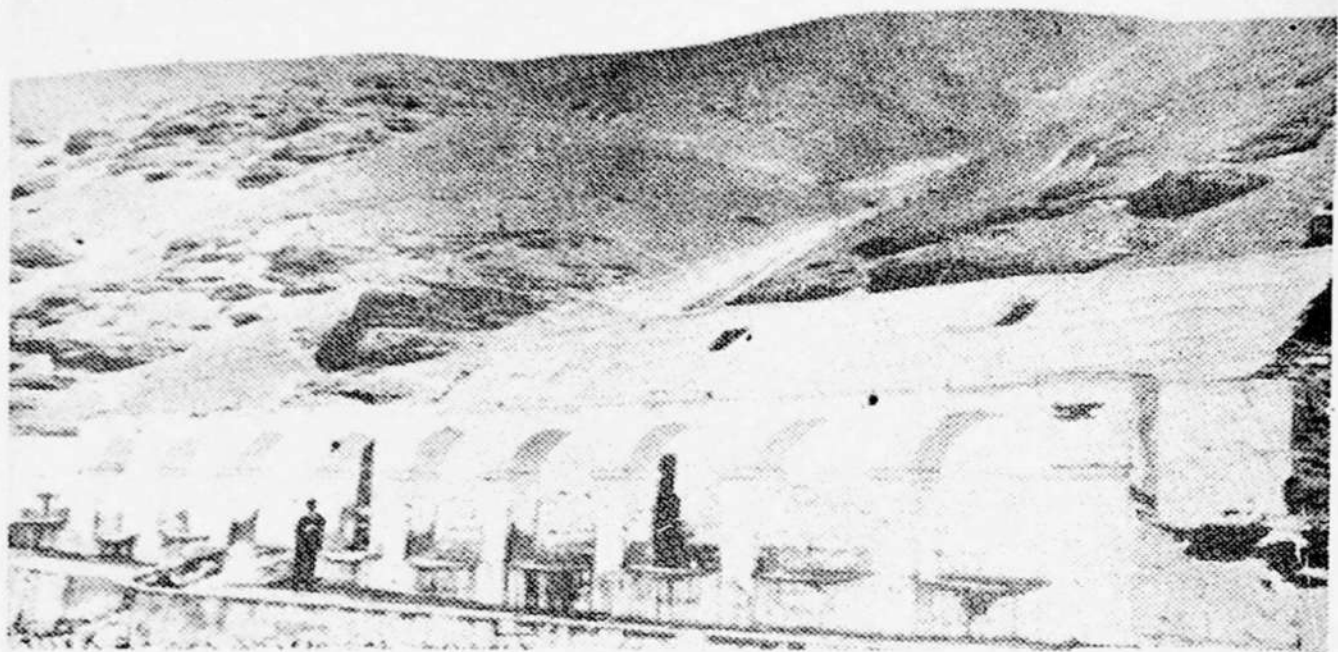
PUEBLO DE HUANTAJAYA: Torre española construida en madera, en el pueblo minero de Huantajaya (plata), cuya primera explotación data de tiempo Inca, y luego por familias españolas de la quebrada de Tarapacá y Pica. Reproducción del libro "Vistas de Iquique y la provincia de Tarapaca", editado antes de 1887: "Iglesia de Huantajaya de 300 años".



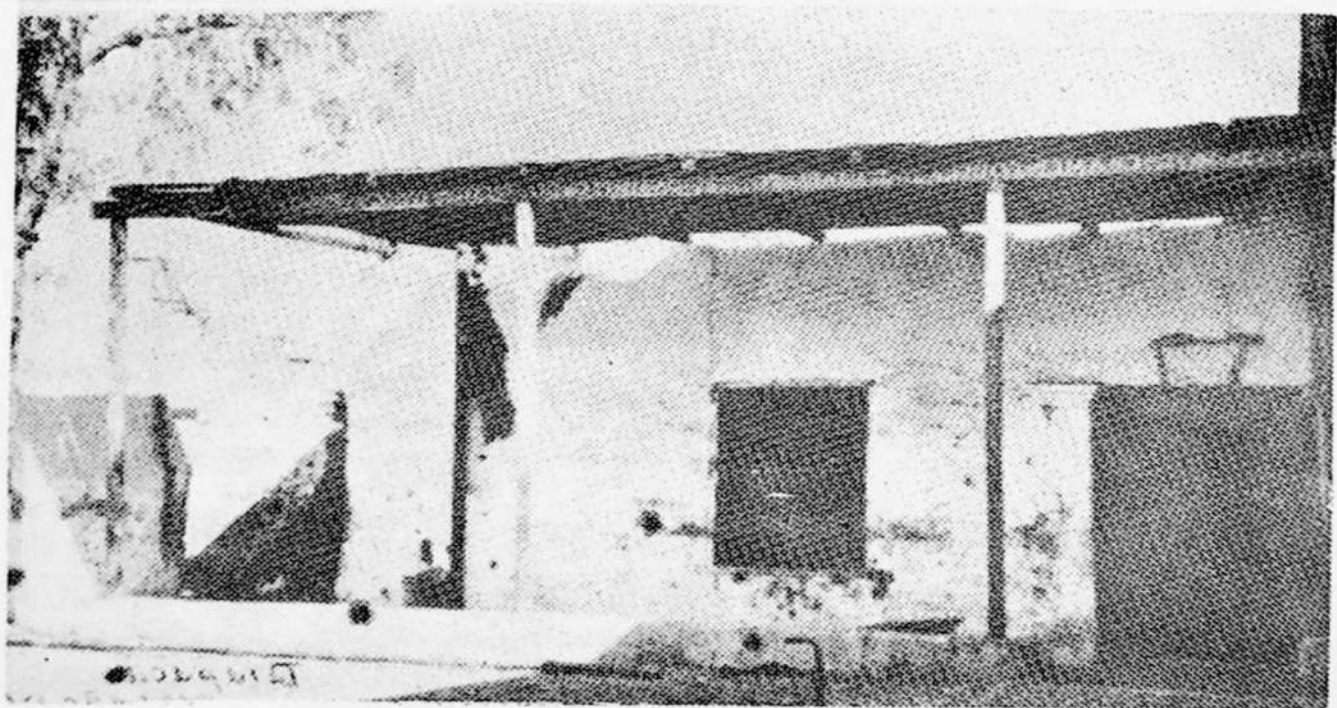
TRABAJADORES DE UNA MINA DE PLATA DE POTOSÍ: *Indígenas-mineros con picotas, lámparas, palas, capachos para carga de minerales y escaleras de cuerdas, similares en conjunto a la elaboración extractiva de las minas de Huantajaya, en la colonia temprana. Reproducción de una lámina colonial de G. Kubler: "The Quechua in the Colonial world" Handbook of south American Indians, Vol. 2, Smithsonian Institution, Washington, 1947*



Patrón de cultivos típicos de Pampa Iluga (Pampa del Tamarugal): Cultivos por inundación y canalización de aguas provenientes de la quebrada de Tarapacá reactivados intermitentemente, según sea el caudal de avenidas y río local. Corresponde a cultivos de trigo subactuales, impuesto en la colonia temprana. Un modelo similar debió usarse entre las poblaciones esporádicas que ocuparon en la etapa inmediatamente Preeuropea según los testimonios cerámicos aislados registrados en el área.



EDIFICIO DE LA INTENDENCIA DE SAN LORENZO DE TARAPACA: Arcos y edificio del llamado *Palacio de la Intendencia*, quebrada de Tarapacá, construido a fines del siglo XVIII y usado hasta las postrimerías del siglo XIX. Reproducción de una foto obtenida en el siglo pasado, gentileza del profesor Alfredo Loayza.



CASA ESPAÑOLA: Complejo habitacional vinculado con el llamado *Convento de San Lorenzo de Tarapacá*, construida en el siglo XVIII, después del cambio de asentamiento operado a raíz de la epidemia de 1717, hacia la banda norte de la quebrada de Tarapacá. Reproducción fotográfica gracias a la gentileza del profesor Alfredo Loayza.

DESPOBLAMIENTO EN EL AREA DEL PUEBLO ACTUAL DE HUARASIÑA .-

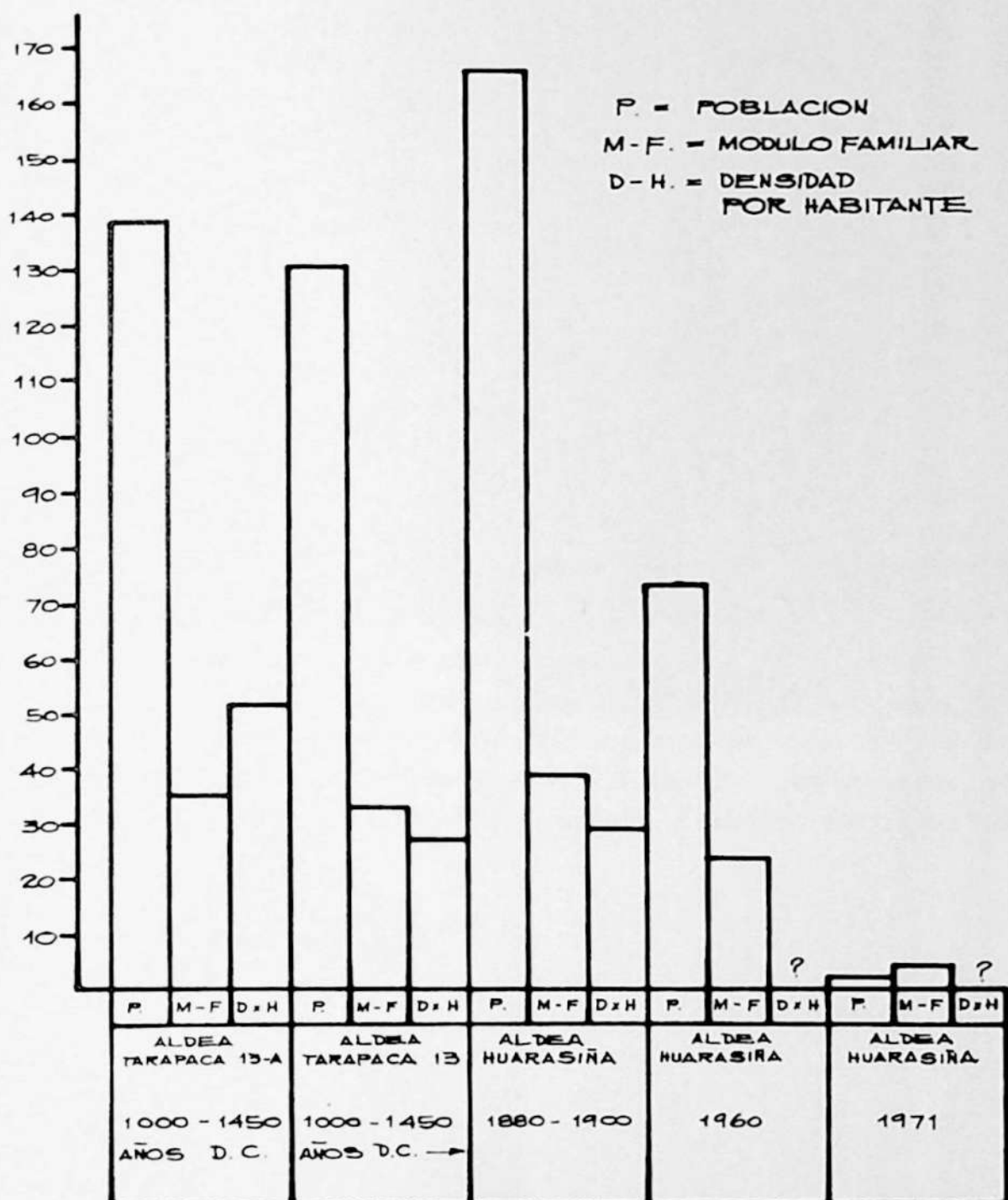


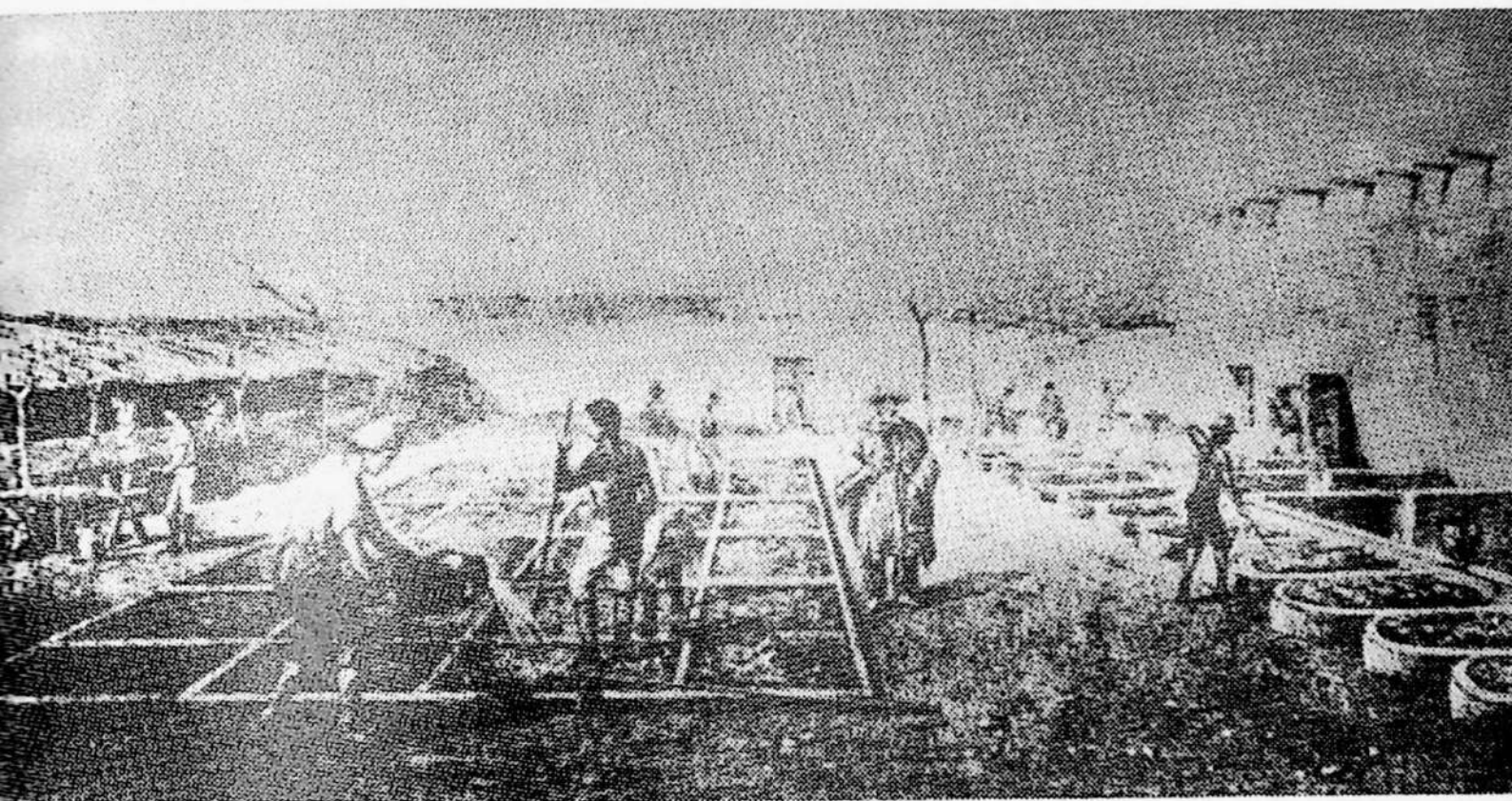
Gráfico que demuestra el despoblamiento en la quebrada de Tarapacá. Las aldeas Preeuropeas Tr-13-A y 13, de desarrollo simultáneo entre los 1.000 a los 1.450 años d.C. muestran una alta expansión habitacional, que al sumar su población supera la ocupación histórica. El área de estas aldeas dio lugar al poblamiento español, con una máxima expresión poblacional a fines del siglo pasado, en la llamada aldea de Huarasiña. Este mismo pueblo en 1960 acusa una baja consistente, con una despoblación crítica en la actualidad.



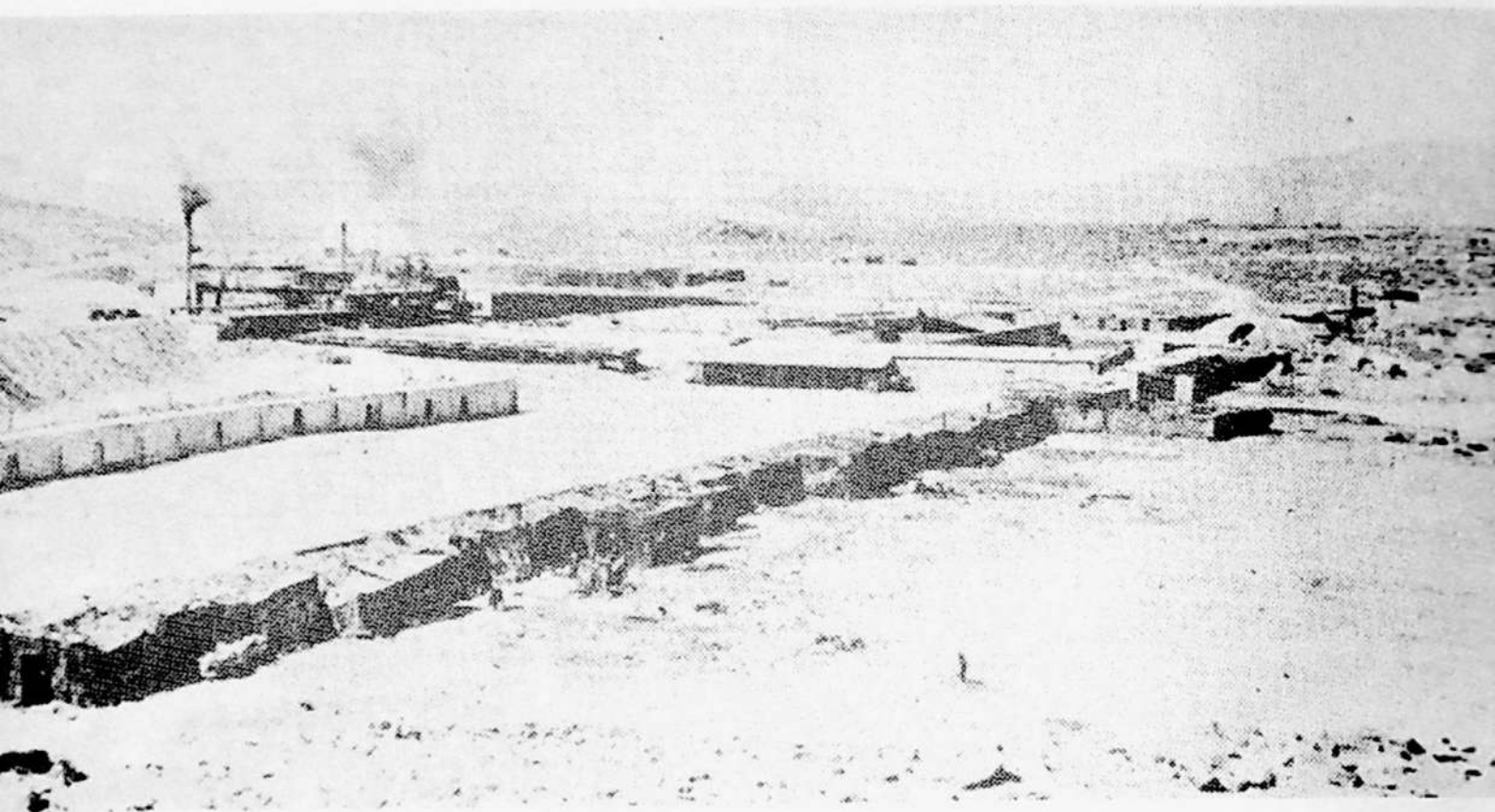
CAMPESINA ANDINA DE LA QUEBRADA SUPERIOR DE TAPAPACA: *Viste axu o camión autóctono con topus metálicos. Reproducción de una fotografía publicada por F. Béze: "Tarapacá, en sus aspectos físico, social y económico". Imprenta y litografía Universo, 1929.*



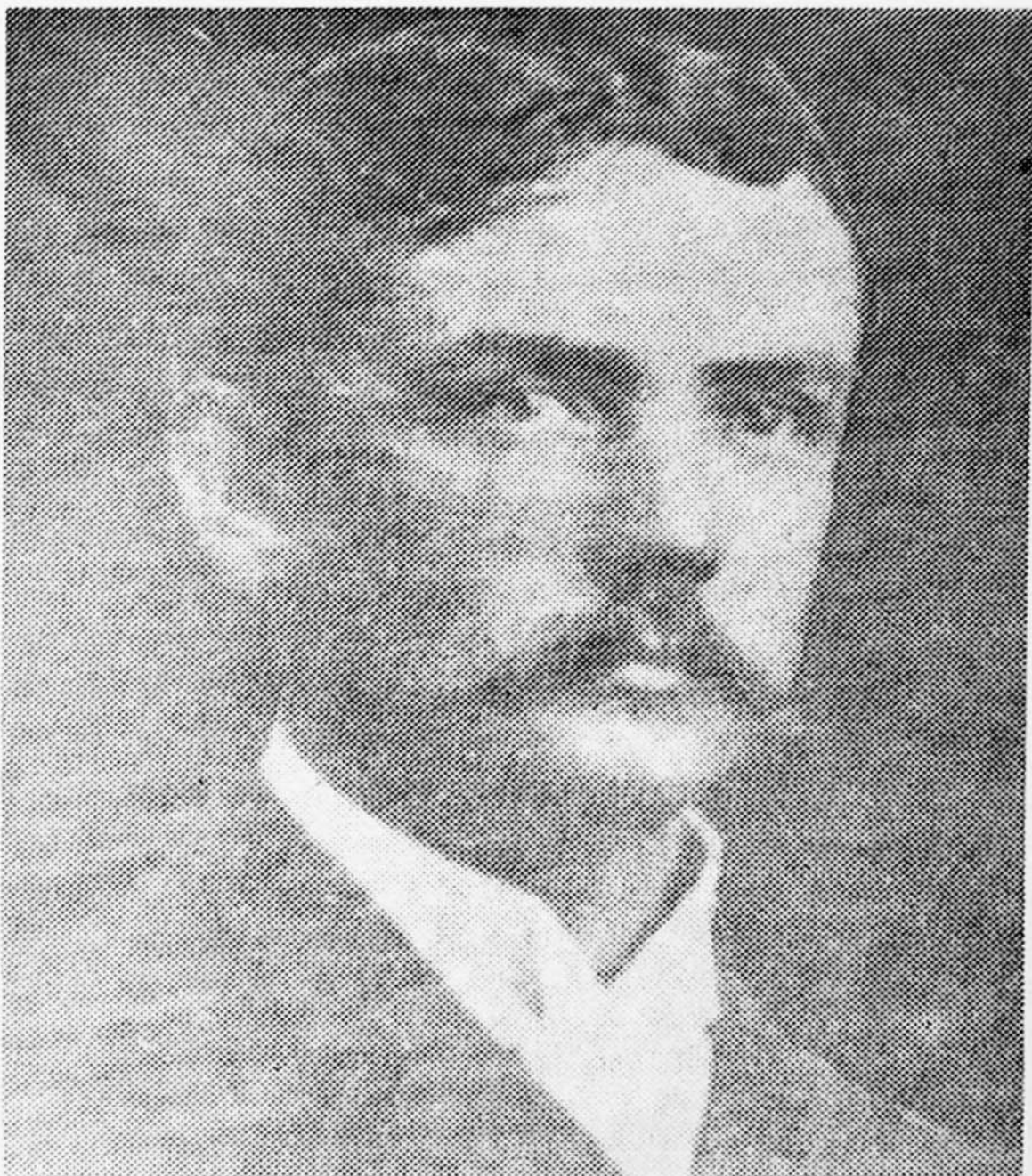
CAMPESINO ANDINO DEL AREA: *Tipo físico andino sobreviviente de la etnia local, a comienzos del siglo actual. Reproducción similar al anterior.*



BUITRON O FACTORIA DE ELABORACION DE PLATA EN PAMPA DEL TAMARUGAL:
Participación de mano de obra andina en la elaboración de plata del sector actual de Tirana, según el modelo español del siglo XVIII. Reproducción de un dibujo publicado por W. Bollaert: "Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Ecuador, Peru and Chile". Londres, 1860.



OFICINA SALITRERA REDUCTO: *Pueblo salitrero del siglo pasado establecido en la pampa aledaña a la quebrada de Tarapacá. Se advierte en el primer plano una población construida con materiales livianos por emigrantes andinos atraídos por la temprana explotación salitrera. Reproducción de "Vistas de Iquique y la Provincia de Tarapacá", anterior al año 1887.*



DR. ROBERTO HARVEY: *Administrador inglés de Oficinas Salitreras, vinculado con la adquisición de bienes salitreros pertenecientes a la familia Vernal, de la quebrada de Tarapacá (1880). Reproducción lograda de la obra "Historia del Salitre" de Oscar Bermúdez (1963), Ediciones de la Universidad de Chile.*



MESTIZO ANDINO INCORPORADO A LA VIDA SALITRERA: “*Entregando el correo en Jaz Pampa*”, reproducción fotográfica de la obra “*Vistas de Iquique y la provincia de Tarapacá*”, editada antes de 1887. Se advierte el uso de poncho y talega textil elaborados en comunidades andinas al interior de la pampa salitrera.



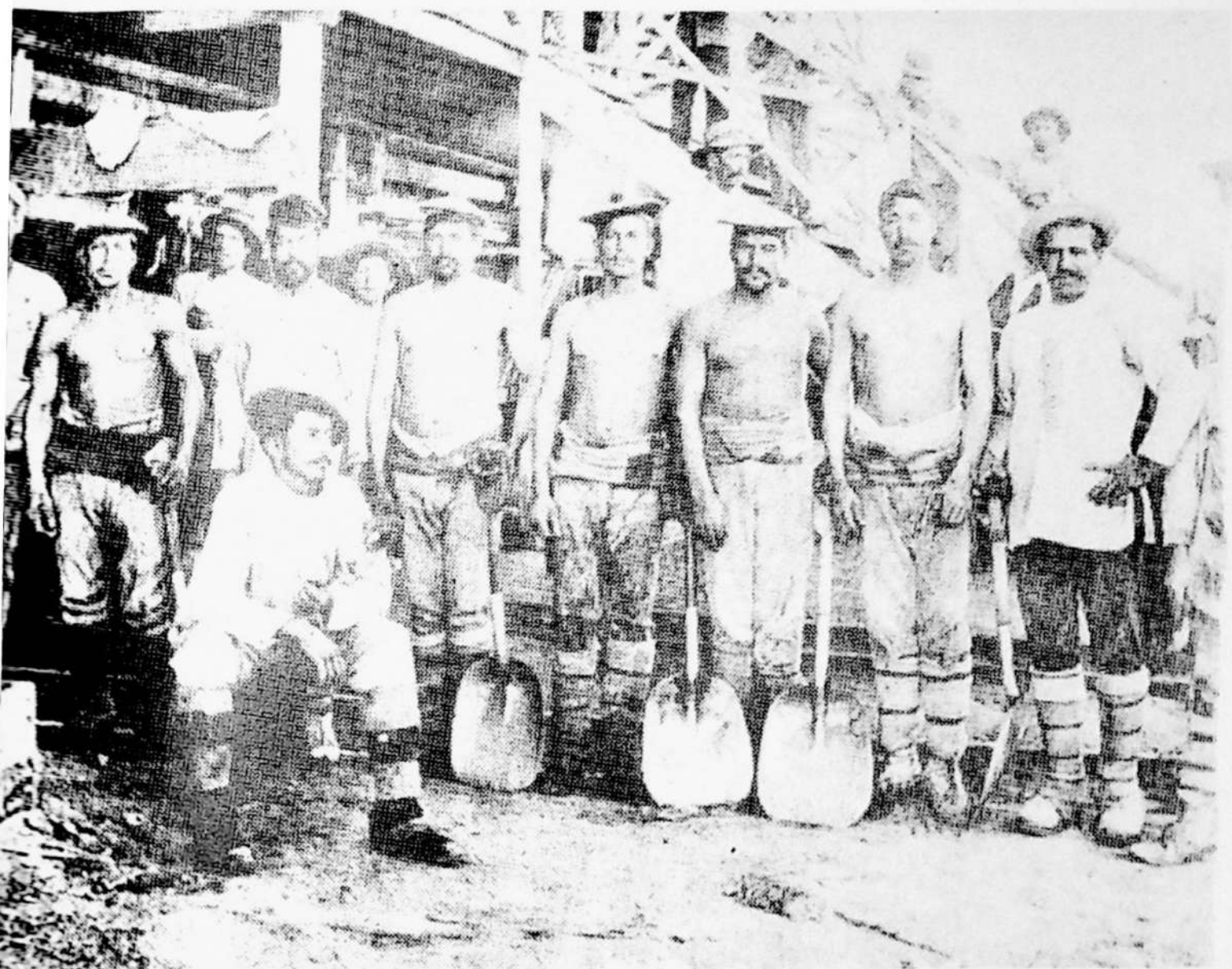
DON ALFONSO UGARTE: *Reproducción de una foto obtenida durante el conflicto salitrero, del oficial del Ejército Peruano don Alfonso Ugarte, muerto en campaña, hijo de una de las principales familias de San Lorenzo de Tarapacá (Archivo del autor).*

TARAPAQUEÑAS EN PARÍS: *Madre de don Alfonso Ugarte (segunda de izquierda a derecha), oriunda de San Lorenzo de Tarapacá, radicada en Francia durante la posguerra salitrera (Archivo del autor).*





DON FERMIN VERNAL Y CASTRO: *Oriundo de San Lorenzo de Tarapacá, oficial del Ejército Peruano durante el conflicto salitrero, miembro de una de las acaudaladas familias Tarapaqueñas. (Archivo del autor).*



TRABAJADORES SALITREROS: *Trabajadores salitreros del siglo pasado procedentes de Chile, incorporados al proceso industrial conjuntamente con la mano de obra andina local. Reproducción de "Vistas de Iquique y la provincia de Tarapacá", editado antes de 1887.*